

Revista Pastores - Año 10 - N° 30
Septiembre de 2004

Editorial:

El ejercicio del Ministerio: "lugar" de Formación Permanente

V° Encuentro Nacional de Responsables de clero - Huerta Grande, Córdoba

Crónica

Formación Permanente. Novedad y Originalidad del concepto.

Amedeo Cencini

"La docibilitas». Punto de encuentro entre la Formación Permanente y la Formación Inicial.

Amedeo Cencini

Entrevista a Amedeo Cencini

Curso Prolongado de Formación Permanente - Villa Allende, Córdoba

Crónica

Reavivar el carisma.

Pbro. Marcelo Varano

Bienaventuranzas.

Pbro. Fabián Antonio Gilli

¿Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo?

Hna. M. Fátima Gonzalez

Aportes para un proceso formativo que desarrolle la espiritualidad Pastoral.

Pbro. Víctor M. Fernandez

X° Congreso Eucarístico Nacional

Déjense Reconciliar con Dios.

Card. Jorge Bergoglio

La Eucaristía nos hace solidarios.

Mons. Eduardo Vicente Mirás

Recordando a Mons. Alberto Devoto

¿Quién fue Mons. Alberto Devoto?

Pbro. Julián Zini

Tuve el honor Y la suerte de acompañarlo.

Mons. D. Sandrelli.

Su paso entre nosotros fue el paso de un profeta.

Pbro. Víctor Hugo Arroyo

Editorial

El ejercicio del Ministerio: “lugar” de Formación Permanente

Nuestro modo particular de imitar el amor de Jesús se concreta en la caridad pastoral. Amor por todos, sin distinciones, con el cual imitamos el amor de Jesús Buen Pastor que entregó su vida por todos, por la Iglesia¹. En cada Eucaristía participamos de esta entrega de Jesús. La misa cotidiana es la oportunidad de experimentar los mismos sentimientos de Jesús en su entrega como ofrenda y es también el “lugar” para recibir el impulso del Espíritu Santo que fortalece y anima nuestro carisma de clero diocesano: dar la vida por la Iglesia, por todo el pueblo de Dios, por todos, como Jesús.

Por eso para nosotros la Eucaristía es central en nuestra vida de presbíteros. En ella, cada día, renovamos el encuentro con los sentimientos de Jesús en su entrega; en ella, cada día, seguimos formando nuestra libertad y voluntad para una entrega de la vida más libre de condicionamientos en la caridad pastoral; en ella encontramos caminos y orientaciones para la acción pastoral nuestra y de la Iglesia; en ella, cada día, escuchamos la Palabra de un Dios que nos habla con un mensaje siempre nuevo; en ella, cada día, ponemos los sufrimientos de nuestro pueblo para que sean transformados por el poder del amor de Jesús Resucitado; en ella, cada día, renovamos nuestra esperanza.

La Eucaristía para el sacerdote como hombre creyente, es y debe ser el centro de su vida, su espiritualidad y sus opciones pastorales como fruto de la caridad. Cada día el sacerdote renueva su entrega, redescubre los sentimientos de Jesús y escucha la Palabra que forma y enseña para entregarse a su pueblo.

Es providencial cómo la Iglesia en Argentina pudo celebrar un camino pastoral que surge de la Eucaristía como centro de la vida cristiana: en ella descubre a un Dios que nos convoca a vivir en la comunión, nos reconcilia con Él y entre nosotros, nos impulsa a ser solidarios y nos compromete con la misión de transmitir este amor a otros para transformar el mundo². El Congreso Eucarístico nacional fue un signo evidente de cómo buscar en esta acción cotidiana de la Iglesia y el sacerdote la palabra de un Dios que sigue hablando, guiando y formando siempre de un modo nuevo. Lo más absolutamente cotidiano revela lo admirablemente nuevo.

Esta dimensión del valor de lo cotidiano es lo que, como hombres creyentes, debemos integrar en nuestro camino de formación como pastores, y pasa a ser central como mediación pedagógica para la formación permanente. El ejercicio cotidiano del ministerio es al sacerdote en orden a su formación permanente, lo que el seminario al seminarista en orden a su consagración en la formación inicial.

Pero para esto es necesaria una disposición, una “actitud disponible” para escuchar a un Dios que me habla y me forma a través de las personas y circunstancias que rodean mi vida cada día. Empezando por la Eucaristía y la Palabra del día, y siguiendo por el encuentro con hombres y mujeres del pueblo de Dios al cual me entrego.

¹ Cfr. *Pastores dabo vobis* N° 23

² Cfr. *Denles ustedes de comer* Documento preparatorio para la celebración del X° Congreso Eucarístico Nacional. Conferencia Episcopal Argentina.

En este número de *Pastores* buscamos reflejar este camino de la formación permanente. Entendida, no tanto como las acciones programáticas y ocasionales de formación, sino como una actitud vital de disponibilidad a dejarme formar por lo cotidiano, tomando como centro la Eucaristía y la Palabra que encontrará su fruto en mi entrega por el pueblo de Dios, la Iglesia.

Por eso presentamos una primera parte de las exposiciones del padre Amedeo Cencini en el Encuentro Nacional de Responsables de Clero, realizado en Huerta Grande del 28 de junio al 2 de julio de este año. Allí profundizó sobre lo novedosos de este concepto de Formación Permanente y la disponibilidad fundamental de dejarse enseñar por la vida y en la vida, llamada por él “docibilitas”. En los próximos números de *Pastores* continuaremos con el resto de los temas presentados por Cencini que completan su pensamiento sobre los caminos pedagógicos y de fe que definen un proyecto de formación permanente para el presbítero. Completamos esta presentación con un reportaje al padre Cencini.

Continuando con la formación permanente, presentamos una experiencia concreta de la Iglesia en Argentina: el Curso Prolongado de Formación Permanente “Renueva el Don”. Fue realizado en Villa Allende, Córdoba, del 15 de mayo al 30 de julio del corriente año. Organizado por la CEMIN (Comisión Episcopal de Ministerios de la Conferencia Episcopal Argentina) contó con la presencia de 28 sacerdotes de 20 diócesis de todo el país. Buscando ir más allá del concepto reducido de formación permanente entendida como actualización mayormente intelectual y teológica, se propuso un camino que abarcó las cuatro dimensiones de la formación: intelectual, espiritual, humana y pastoral. La crónica y los testimonios dan cuenta del valor de esta experiencia y los frutos para la vida sacerdotal de cada participante.

Continuando con el tema de la formación permanente y el ejercicio del ministerio, publicamos una reflexión del padre Víctor Fernández que busca caminos de unión y relación entre espiritualidad y acción pastoral.

Si la Eucaristía, como acción cotidiana de la Iglesia y del sacerdote, es fuente de formación, vida espiritual y pastoral, ponemos la mirada también en el acontecimiento eclesial del Congreso Eucarístico Nacional. Publicamos la reflexión del Card. Bergoglio el día dedicado a la reconciliación, y la de Mons. Mirás sobre la solidaridad. Terminamos así la serie de trabajos publicados por *Pastores* desde el año pasado siguiendo los caminos propuestos para este Congreso³.

Los testimonios vivos de sacerdotes entregados a Dios y a su pueblo son también un “lugar” de formación. En ellos se lee el amor de Dios hecho caridad. Por eso, con ocasión del 40 aniversario de su fallecimiento presentamos la semblanza de Mons. Antonio Devoto, Obispo de Goya, que supo ser profeta y pastor en un tiempo de Iglesia desafiado por grandes cambios. Los artículos y comentarios de los padres Julián Zini, Mons. Sandrelli (†), y Víctor Hugo Arroyo, nos permiten descubrir su perfil sacerdotal.

Y finalmente, como servicio a los lectores, ofrecemos un índice actualizado de todos los artículos publicados en estos diez años de *Pastores* que estamos celebrando.

³ Ver *Pastores* 28: Comunión eclesial y presbiteral; y *Pastores* 29: Fraternidad y reconciliación.

Vº ENCUESTRO NACIONAL DE RESPONSABLES DE CLERO

Organizado por la CEMIN
Huerta Grande – Provincia de Córdoba
28 de Junio al 2 de Julio de 2004

Organizado por la CEMIN y su secretariado para la formación sacerdotal permanente, se realizó en la localidad de Huerta Grande el Vº encuentro Nacional de Responsables de Clero. Participaron 100 sacerdotes y ocho Obispos de 39 Diócesis y la Prelatura personal del Opus Dei.

El tema del Encuentro era la formación permanente y su relación con la formación inicial, por ese motivo además de estar presentes sacerdotes que trabajan en la Fp estuvieron muchos formadores de Seminarios.

Para iluminarnos en este tema, contamos con la presencia del Padre Amadeo Cencini, sacerdote canosiano, psicólogo y psicopedagogo. Sus reflexiones despertaron muchísimo interés y en todo momento se caracterizaron por una gran claridad. Pudimos constatar lo que ya conocíamos a través de sus libros y su visita anterior: tiene una síntesis personal en la que se conjugan armónicamente los más genuinos aportes de la teología y la espiritualidad con los de las ciencias psicológica y pedagógica.

Su reflexión fue primero planteando qué es y que no es la formación permanente y ubicando la formación inicial como una de sus fases. Desarrolló inmediatamente después la “actitud fundamental “ que desde el punto de vista subjetivo hace posible la Fp: la docibilitas entendida como *“disponibilidad constante a aprender que se expresa en una serie de actividades ordinarias, y luego también extraordinarias, de vigilancia y discernimiento, de ascesis y oración, de estudio y apostolado, de verificación personal y comunitaria, etc., que ayuden cotidianamente a madurar en la identidad creyente y en la fidelidad creativa a la propia vocación en las diversas circunstancias y fases de la vida”*⁴

El ritmo del encuentro permitió también los momentos más informales para compartir con sacerdotes y obispos venidos de muy distintos lugares y para aprovechar con alguna caminata o breve escapada la belleza de las sierras. En cada jornada la oración de la mañana y la Misa vespertina concelebrada fue un momento fuerte para interiorizar lo vivido.

El Jueves por la tarde tuvimos la oportunidad de un intercambio grupal por regiones procurando identificar las dificultades más importantes con las que nos encontramos para llevar adelante procesos de Fp en nuestro presbiterios y los pasos posibles para superarlas. El Viernes realizamos un intercambio agrupándonos por un lado los formadores de los seminarios presentes y por otro los que prestan algún servicio en la formación permanente. La consigna que trabajamos fue pensar las dos o tres sugerencias más importantes que desde la formación inicial podemos plantear a la etapa subsiguiente y las que desde el acompañamiento de los sacerdotes podemos plantear a la formación inicial. Terminamos ese momento con una puesta en común y el compromiso de enviar a los participantes lo trabajado.

DIÓCESIS PRESENTES

1. Alto Valle
2. Azul

3. Bariloche
4. Bs. As.

5. Catamarca

⁴ La Formación permanente. Amedeo Cencini. San Pablo. Madrid.2002

6. Comodoro Rivadavia
7. Concepción
8. Córdoba
9. Cruz del Eje
10. Deán Funes
11. Formosa
12. Goya
13. Iguazú

14. Jujuy
15. La Pampa
16. La Plata

17. La Rioja
18. Lomas de Z
19. Mar del Plata
20. Mendoza
21. Morón
22. Neuquen
23. Opus Dei
24. Paraná
25. Posadas
26. Quilmes
27. Rafaela
28. Reconquista
29. Resistencia

30. Río IV
31. Rosario
32. San Francisco
33. San Isidro
34. San Juan
35. San Justo
36. San Martín
37. Santa Fe
38. Venado Tuerto
39. Viedma
40. Villa María

Formación Permanente Novedad y originalidad del concepto

Amedeo Cencini
Huerta Grande , Córdoba

Intentaremos comprender la novedad y originalidad del concepto Formación Permanente (en adelante FP), clarificando aquello que no es, para poder entender mejor aquello que es.

Partimos de la idea que la FP no es lo que viene después de la Formación Inicial (en adelante FI), sino lo que –por paradójico que pueda parecer- la precede y la hace posible, la idea madre o el seno que la cobija y le da identidad. La formación es de por sí permanente, porque apunta a la vida en su totalidad. Sólo a partir de esta acepción amplia se puede luego dividir los tiempos de la formación en períodos, cada uno con sus características diversas.

Por lo cual la FI prepara para la ordenación presbiteral, pero es la FP la que forma el sacerdote. La formación presbiteral no depende toda del período de preparación a las órdenes, ni es una bella teoría reformulada por la práctica. Hay una relación que se debe captar correctamente entre estos dos momentos estratégicos, y que la idea de FP puede ayudar a descifrar más exactamente.

El itinerario de la FI no puede ni quiere anticipar el futuro, ni debe reconstruir artificiosamente el contexto en el que luego se vivirá el ministerio. Se produce un salto inevitable y saludable. La formación del seminario habilita para este paso, para entrar en lo vivo de una responsabilidad y de un camino de discipulado capaces de regenerar y convertir a quien adopta una actitud de responsabilidad y libertad. Detrás de estas afirmaciones hay un equilibrio muy delicado y que continuamente hay que precisar y calibrar y que podríamos formular así: la FI prepara para la ordenación presbiteral, pero es la FP la que forma sacerdotes, porque es el ministerio, la vida comunitaria, el servicio a los pobres, la búsqueda de los alejados y el anuncio de la Pascua de Jesús en los acontecimientos humanos, el lugar primario de la formación. La obra del Padre es formativa a través del ministerio vivido cotidianamente.

Dejamos en claro también que hablar de FP no es hablar sólo de pedagogía sino fundamentalmente de teología, ya que busca plasmar en el presbítero los sentimientos del Hijo, Buen Pastor. La FP no es sólo camino propedéutico, pedagogía que prepara para asumir una identidad y las obligaciones ligadas a ella, sino que se convierte directamente en teología, en un modo teológico de pensar y definir la misma consagración a Dios, es decir, en un lento y progresivo proceso de formación en nosotros del hombre nuevo, o de un corazón humano capaz de asumir los sentimientos divinos, de latir al ritmo del corazón de Dios. Entendida desde esta dimensión teológica la FP del presbítero y de todo consagrado es como una larga parábola formativa nunca acabada, paciente gestación del Hijo en nosotros por obra del Padre y por el poder del Espíritu, como un interminable proceso evolutivo psicológico y al mismo tiempo espiritual.

1. La FP no es proyecto humano (más o menos soportado), sino obra del Padre.

Gracia “matutina”

La FP no es proyecto humano más o menos soportado, sino obra del Padre. Por lo tanto es fundamentalmente Gracia, porque está en las manos del Padre, que cada día de mi vida lleva adelante este proceso de la formación de mi corazón según el corazón del Hijo suyo.

Esta Gracia ya en acto es la vocación, que es una llamada cotidiana, “matutina”. Esto significa:

a. que tiene la precedencia y merece toda la atención del sujeto.

b. que expresa la atención de Dios sobre mi, que cada día de mi vida ofrece algo nuevo para hacerme cada vez más conforme a esta imagen misteriosa de su Hijo Jesús. Dios que se preocupa de mi. El eterno que está lleno de atención por mi vida.

c. que la vocación es una respuesta siempre nueva a una llamada siempre imprevista. No es sólo la decisión del momento que se eligió ser presbítero, sino la respuesta al don siempre nuevo de Dios que Él mismo me revela cotidianamente, en cada momento.

Sin este tipo de atención diaria, el presbítero comienza su tiempo de la “jubilación”, pierde aquello que lo mantiene joven en el corazón.

La Palabra y la Eucaristía del día

Gracia ya en acto, como vocación cotidiana, ofrecida también en la Palabra del día. A través de ella el Padre forma mi vida. También la Eucaristía del día. La Palabra es educadora, porque saca afuera la verdad. Hacer la meditación significa leer la Palabra de la liturgia del día y en esta Palabra descubrir la verdad de mi yo. La Palabra es educativa, pedagógica, porque saca afuera la verdad. Si no me descubro en la Palabra que leo, significa que he hecho inocua la Palabra de Dios.

Los presbíteros rezamos, pero raramente entendemos la oración como oración formativa. Rezar es un momento de formación, de edificar el hombre nuevo. Tiene un poder educativo, que saca afuera la verdad. Rezar es estar frente a la verdad de Dios en la verdad de mi mismo. Nada como la verdad de Dios evoca a verdad del hombre.

Así la oración no es simplemente un momento de adoración donde la criatura experimenta su estado de criatura frente al creador. Es educativa, porque saca afuera la verdad y formativa ya que significa la construcción del hombre nuevo. La Eucaristía de cada día es la formación en mí del hombre que dona su vida como el Hijo. Me ayuda a internalizar en mí los sentimientos del Hijo. La Eucaristía forma mi vida.

Esta es la FP, a través de lo que hago cada día. El año litúrgico es también un camino de FP. Es el Misterio del Hijo que a lo largo del año y progresivamente se vive para revivir en sí los sentimientos del Hijo.

Por eso decimos que la FP no es proyecto humano sino obra del Padre. Es la providencia de Dios que no me hace faltar nada por hacer crecer el hombre nuevo.

2. La FP no busca la actualización pastoral o finalidades parciales, sino la revitalización constante de la persona toda entera.

La formación del hombre creyente

Otra interpretación reductiva es aquella que conecta y dirige la FP a algunos sectores de la vida y de la persona: eso sería sólo actualización. Se reduce la FP a un estudio sobre problemas morales o de particular atención. Esto es algo bueno, pero no es específicamente FP. Es actualización, donde se sigue el dinamismo frenético de los cambios culturales y sociales.

La FP busca la revitalización constante de la persona toda entera, en todos los aspectos y no sólo el aspecto intelectual o pastoral, o ámbitos de particular interés para la vida del presbiterio o de la Iglesia.

La FP tiende a plasmar en la persona el hombre nuevo considerado globalmente. Como hombre, como hombre espiritual, en su crecimiento de la Fe. El presbítero es ante todo un *creyente*, con una Fe que se pone a prueba, difícil, hecha de decisiones. La FP debe cuidar este organismo creyente.

Hablar de atención de la personalidad entera significa ante todo el aspecto creyente del presbítero. La FP es una ayuda constante, inteligente, provocativa para que el hombre creyente en él crezca progresivamente y sea formado permanentemente en la Fe. La respuesta de Fe no se define ni completa en un momento o un instante, como si fuera una elección que el presbítero no tenga la necesidad de repetir constantemente durante la vida. Sería un malentendido grave y peligroso. Como si el presbítero no tuviera problemas de Fe, no en el contenido sino en el progresivo crecimiento.

Atender las dimensiones de la Fe

Esta atención al organismo creyente del presbítero significa atención a las dimensiones de la Fe, lo que la Fe es en sí misma. El presbítero es maestro de la Fe, por lo que es importante que conozca en sí mismo esta atención a las diversas dimensiones de la Fe.

La primera de ellas es que la Fe se recibe, es un don. Recibida por los otros, por muchas personas, por el ambiente. Y aquí entendemos “recibida” no como recepción de la Fe cuando uno es bautizado, llevado por sus padres, sino que, como presbítero, continúa recibiendo la Fe. P.ej. un párroco en una parroquia, que sigue recibiendo la Fe en su gente. No es simplemente un maestro sino que lo es en la medida que está abierto a recibir la Fe de los otros. *Evangelizarii a pauperibus*. Fe recibida de su gente. El presbítero reconoce la Fe de la gente, de los pobres. Esta es la primera dimensión de la Fe: se recibe, y se recibe de los otros.

La Fe es rezada. No se cree lo que no se reza. Creer es encontrar en la oración el contenido creyente que hace a mi identidad como Don del Padre. La oración continúa formando en mí el organismo creyente.

La Fe es vivida. Se cree sólo lo que se pone en práctica, lo que la persona experimenta en sí en el sentido de reconocer que todo esto me hace vivir. Lo que da sentido a la vida. Vivo la Fe, entonces creo, porque la vivo. No es un problema intelectual sino el contenido de una experiencia diaria.

La Fe es sufrida. Supone la prueba, los momentos difíciles, donde el presbítero creyente es puesto frente a la alternativa. La prueba no es la experiencia que el hombre hace de Dios sino la experiencia que Dios hace del hombre. En la Biblia no existe el hombre que hace experiencia de Dios sino Dios que hace experiencia del hombre. No es la experiencia de Dios como objeto sino El que hace experiencia del hombre a través de la prueba. Por ella Dios experimenta el hombre, que manifiesta lo que Dios es para sí, como Abraham, en el pedido del sacrificio de su hijo, que a través de la prueba descubre el amor de Dios y se hace experimentar por Dios.

La Fe profundizada y comprendida. La Fe debe ser estudiada, lo que implica el estudio y la reflexión.

La Fe es una decisión, como objeto de opción continua. La Fe optada. “Jesús decide ir a Jerusalén”. La Fe es el resultado de decisiones. Si somos honestos, las auténticas decisiones son pocas. En cada opción que hace el creyente decide ir a Jerusalén.

La Fe es compartida con los demás, con los otros que creen conmigo. La Fe no es una actitud privada, debe ser participada. Sobre todo con los otros presbíteros. Hay presbiterio en la medida que se comparte la Fe.

La Fe es anunciada a los que no creen. Fe que no es sólo compartida con los otros creyentes, sino anunciada a los que no creen. Es la dimensión del apostolado, del ministerio.

Programas de FP desde las dimensiones de la fe

Todas estas son las dimensiones de la Fe. Un programa de FP tendría que tener juntas todas éstas atenciones, para hacer crecer el hombre en su globalidad. Es importante que en un programa se estudie algún tema., pero este proyecto sería posible sólo si está comprendido junto con todas las otras dimensiones. Esto es lo que hace de un programa de FP algo auténtico, válido y eficaz, donde el centro es el acto de Fe, que crece en la medida en la cual todas estas atenciones tienen un lugar y hacen crecer el hombre creyente que es el presbítero. La Fe es el punto central donde convergen todas estas atenciones.

Sería interesante ver cómo en cada una de estas dimensiones se da una posibilidad de FP. Por ej. formación en la recepción; el presbítero crece en la Fe en la medida que “aprende a aprender” de su gente. En cada una de estas atenciones es posible encontrar una indicación muy útil y preciosa para hacer posible este camino de FP, desde el punto de vista personal del presbítero y también desde el punto de vista institucional, que debería tener presente todas estas atenciones.

Así entendemos que la FP no busca la actualización pastoral u otras finalidades parciales sino la revitalización constante de la persona toda entera.

3. La FP no se reduce a la función del ministerio presbiteral, sino que se integra con él y se enriquece.

El presbítero como “vir ob-audiens”

El ministerio es un generador de FP, pues es la dimensión real de la vida del sacerdote. El ministerio es a la FP lo que el seminario es a la FI. El ministerio es “*el lugar*” de formación, el que genera en mí el hombre nuevo. La FP es, en último análisis, expresión de la caridad pastoral. La praxis cotidiana exige en el presbítero ser releída y profundizada teológicamente para revelar la densidad de significado. Muchas veces el presbítero no tiene esta capacidad de releer y descubrir el significado teológico de lo que pasa en su vida, no vive como “*vir obaudiens*”, como el que busca en todo lo que hace la presencia de Dios, el don de Dios, la provocación de Dios, la vocación.

Esta voz de Dios es misteriosa y no fácil de reconocer. Por eso uno debe estar preocupado por oír la voz del Eterno. Preguntarse dónde está Dios en cada momento y en cada situación de nuestro ministerio. Esto es releer teológicamente la vida. Al presbítero, generalmente, le cuesta hacer esto e interpreta su vida desde un criterio pagano, no teológico. Se priva totalmente de sentido religioso y teológico. Así el ministerio no es fuente ni lugar de FP.

El ministerio es lugar de formación en sí mismo, pero no automáticamente. Es necesaria la atención, la inteligencia del presbítero. Esta es la verdadera inteligencia del presbítero: reconocer a Dios en todos los acontecimientos de la vida. Sólo el *vir obaudiens*, el que busca en toda situación el don de Dios vive su ministerio como lugar de FP.

Por ej.: un presbítero que vive una crisis afectiva de enamoramiento. ¿Dónde está Dios presente en este momento? Porque El está presente en esta situación. Un enamoramiento ¿no podría ser -y lo ha sido muchas veces- un momento de conversión en la vida de muchísimos presbíteros? En esta situación de crisis la pregunta fundamental es ¿Dios dónde estás en este momento, qué me quieres decir en esta situación, cuál es tu palabra, qué me dices a través de aquello que siento en mi corazón en este momento de enamoramiento con esta mujer?

Dios puede hablar evidentemente en una situación como esta. Ya que es Dios el que me forma y el que desea formar en mí los sentimientos del Hijo. Cada momento de mi vida puede ser mediación misteriosa de este proceso de formación divina, que es gracia divina también en los momentos de crisis, porque la Fe soporta las crisis, es sufrida, la Fe que no es probada no es Fe auténtica. Entonces un momento de enamoramiento puede ser un momento de revelación particular.

Pero ¿cuántas veces los presbíteros que viven este tipo de situaciones son ayudados a hacer preguntarse “Dios, ¿dónde estás tú en este momento?” En mi labor de consulta con presbíteros, particularmente con jóvenes, cuando vienen a contar este tipo de acontecimientos de enamoramiento, piensan que por estar enamorados deben repensar su vocación, ¿por qué? Estar enamorado significa que el corazón del presbítero es normal, gracias a Dios, y que puede sentir este gran afecto por una mujer. Es cierto que pudo haber sido provocado, y favorecido de muchas formas, pero esto no cancela el hecho que Dios en este momento pueda hablar y revelar su voluntad, y provocar al corazón del presbítero y despertarlo de la inercia espiritual y psicológica, a través de este enamoramiento.

Discernimiento de la voluntad de dios

FP es hacer crecer los sentidos espirituales, donde en cada situación de vida podemos descubrir dónde está Dios. Este es el discernimiento: la constante actitud del corazón y de la mente que busca a Dios, que busca oír la voz de Dios. Aún en una situación de crisis, busca entender qué me quiere decir a través de esta situación, de esta tentación que siento dentro de mí. Así cambia radicalmente el punto de vista. Se da vuelta la preocupación: por estar enamorado no tengo que pensar en cambiar mi estado de vida, como si fuera signo de una vocación alternativa. Cuando el presbítero se hace la pregunta justa vive la crisis como dimensión de la Fe y no como obstáculo. Vive la crisis como algo que hace crecer en él el hombre creyente, vive la crisis como instrumento y mediación misteriosa de FP.

4. La FP no es una realidad extraordinaria y eventual, sino ordinaria y cotidiana.

Capacidad obediencial con las personas que me rodean

Como venimos indicando, la idea de una FP organizada como curso por una comisión encargada, es superada por el concepto de la FP como crecimiento a través de cosas y personas que viven junto a mí. La FP no es la que está hecha por expertos que vienen a dar un curso, sino de las cosas cotidianas y persona que me rodean. Personas santas y menos santas. Son personas que uno no ha elegido, ni nos han elegido. Son personas que la vida, la obediencia, nos ha puesto al lado. Estas son las mediaciones normales de la FP.

Una vez un presbítero me escribió comentando que le dijo a su superior que obedecerá sólo a personas más santas o más inteligentes que él. No dice que no obedecerá, sino que pone una restricción, no pequeña. Es claro que es él quien decide cuáles son esas persona. Esto significa que no ha entendido nada de la vida, de la vida presbiteral, de la vida creyente y de la FP.

Porque FP significa esta capacidad obediencial. A cada persona. La obediencia no puede ser una virtud relacional con una particular categoría de personas. La obediencia es una virtud general, es la actitud típica del hombre que hace FP, porque este hombre es el *vir obaudiens*, como dijimos antes. Y no sólo porque está preocupado de oír la voz de Dios sino porque ha desarrollado esta capacidad, esta disponibilidad obediencial a todos.

Lo ordinario de la FP implica este componente muy significativo e importante que es el *relacional*. La FP es como el sol que el Padre hace surgir para todos y entonces el calor llega a mí a través de todas las relaciones personales. Este es un punto muy importante en nuestra vida porque muchas veces nosotros distinguimos, hacemos restricciones mentales y así perdemos –por sentirnos sólo “maestros” de la Fe- esta capacidad interior de aprender de todos sin ninguna distinción, y no solamente de las personas santas.

El presbítero que quiere vivir seriamente su FP, está dispuesto interiormente a vivir la relación con cada persona que vive junto a él en la parroquia, en la comunidad eclesial, como

mediación misteriosa de Dios. Relación formativa con Dios abierto a todos, sin necesidad de ir a buscar las personas que él piensa que sean particularmente mejor aptas para este tipo de realidad.

El otro como mediación de Dios

Con esto vemos claramente que la relación con Dios pasa normalmente a través del hermano. Es lo que encontramos en la Biblia. Ante el deseo de establecer con Dios relación inmediata, sin mediaciones, mística o pseudo-mística, la Sagrada Escritura nos propone continuamente este principio normal y constante: la relación con Dios es siempre una relación que pasa por el hermano.

Este principio bíblico y teológico pasa a ser también un principio psicológico y pedagógico. Y no solamente la relación con Dios se da a partir de la relación externa con el otro, distinto de mí, sino también de la relación conmigo mismo.

Miremos que pasa en el Yo, desde el punto de vista psicológico. Distinguiamos el yo actual y el yo ideal.

El yo actual es lo que yo soy desde el comienzo de mi vida, con mi realidad, con mis potencialidades, con mis aspectos menos positivos. El yo ideal es aquello que estoy llamado ser.

En términos familiares, el descubrimiento del yo ideal no es un camino de descubrimiento inmediato y directo. Normalmente se hace posible a través de una mediación que para el creyente es la mediación de la Palabra de Dios. Como dijimos anteriormente, es la Palabra del día la que me hace cotidianamente descubrir mi yo ideal.

Éste es un principio básico de la FP. Cada día yo descubro mi yo ideal a través de la mediación de la Palabra del día como a través de otras mediaciones: la mediación del otro, la mediación de los signos de los tiempos, las mediaciones de los acontecimientos cotidianos. Estas varias mediaciones son para el creyente el modo concreto con el que Dios me hace descubrir su voluntad, su deseo, su plan, su sueño, su proyecto sobre mí, de día en día.

Este descubrimiento es mediato, no es inmediato.

5. Consideraciones finales

Quedan por decir algunas cosas más de lo que no es la FP. Entre ellas que no hay que darla por descontada y natural en la vida del hombre. Requiere una decisión de cada persona. Cuando el consagrado toma la decisión en su corazón de seguir al Señor, en ese mismo momento y a partir de él inicia y se hace realidad la FP. Por eso para algunos ha comenzado muy pronto y para otros no ha comenzado nunca aunque tengan 25 ó 50 años de sacerdocio.

Tampoco la FP se reduce a una adaptación a la realidad pastoral presente del presbítero. Si fuera sí esta termina con el cambio de actividad o destino. La FP es una aplicación continuada y personalizada de una precisa metodología educativo-formativa. Las experiencias que se hacen en varias diócesis de encuentros de FP divididos por edades, es muy buena, pero todavía no es FP. Esto puede quedar limitado a prolongar la FI, retardando la inserción gradual en el misterio. La FP es la puesta en acto constante y cada día de un sistema pedagógico auto formativo, que se transforma en estilo de vida. Es continuación, pero también innovación del camino precedente.

Por eso la FP no termina nunca. Siempre hay en cada uno de nosotros una parte del yo fuera de este camino. Un aspecto del yo, una dimensión, una tendencia personal, una pulsión instintiva, una actitud inconsciente, que nos hacen sordos a la realidad externa (sea la Palabra de Dios o la relación con los demás).

Pero la FP no es sólo auto formación, sino también étero formación. Sería peligroso entender la FP sólo desde una de estas perspectivas. Auténtica FP implica el máximo de

responsabilidad personal que se obtiene con el máximo de disponibilidad para dejarse formar por la vida y por los demás.

Hay que tener en cuenta que el sacerdote formado con una cierta mentalidad, maestro y doctor de la ley, no acepta de buen grado la idea de la FP. No hay que sorprenderse de las resistencias ante la idea de una formación que debe durar toda la vida, más bien puede esperarse una aceptación que implica una interpretación reducida y parcial, que la limita al aspecto exterior.

Quizás no es exagerado decir, que estamos en una época histórica semejante a aquella en la que la Iglesia instituyó los seminarios para la formación de los sacerdotes. Hoy se trata de crear nuevas estructuras y una nueva mentalidad para concretar una cultura de la FP.

La “Docibilitas” Punto de encuentro entre la Formación Permanente y la Formación Inicial.

Amedeo Cencini
Huerta Grande , Córdoba

I. Concepto de “docibilitas”

Vamos a profundizar este punto estratégico en el cual la Formación Inicial (en adelante FI) se conecta con la Formación Permanente (en adelante FP). La FI tiene que formar en el joven esta actitud de *docibilitas*. Para ello el formador debe ayudar a la persona a descubrir lo que le impide permanecer en esta actitud y de crecer en ella de modo responsable y libre.

Docibilitas no es un neologismo, porque la palabra existe en latín. Extrañamente, no existe en los otros idiomas. La expresión *enseñabilidad*, (que sería la más cercana en nuestro idioma) creo que tampoco existe en castellano. No se usa este término, es mejor dejarlo en latín porque nos permite notar la diferencia entre el término *docibilitas* y su hermano menor, que sería la *docilitas*.

La *docibilitas* es la libertad del sujeto para dejarse tocar-educar por la vida, los otros y toda situación existencial, y aprender de la vida y la experiencia. Se diferencia de la *docilitas*, término con un sentido mucho menos eficaz, pasivo, de acogida dócil y obediente. La *docibilitas* expresa una iniciativa inteligente, vivaz, aguda, penetrante, propia del espíritu de sabiduría.

Estamos aquí en el corazón de nuestro curso, es decir, cómo la FI continúa o prepara la FP. La *docibilitas* es el término, la mediación entre las dos. La FI tiene que formar en la persona del presbítero, del futuro presbítero, esta *docibilitas*.

Este estado interior constante de libertad para aprender de la vida y en la vida es el punto de llegada del FI; y en este punto precisamente es donde la FI “abre” a la continua o permanente y se une a ella.

Pero, para llegar a esta libertad interior la FI deberá ayudar al joven a liberarse de todo aquello que le impide tener esta actitud: sus miedos y defensas, distorsiones perceptivo-interpretativas de la realidad, lo que perturba la relación con los demás, lo que inhibe su entrega de Fe y donación, etc.

No se pretende que la FI elimine todas las inconsistencias del sujeto, sino que le ayude a precisarlas, lo que significa nombrarlas e identificarlas. Situarse frente a ellas con sentido de responsabilidad, para encontrar el camino que le permita ser menos dependiente de ellas, e impedir que falseen su relación con Dios y su Palabra, con los demás y consigo mismo.

Es verdad que la inconsistencia normalmente nace en un momento pasado de la vida. El origen remoto de la inconsistencia va más allá de la responsabilidad del sujeto porque esta se ubica normalmente en los años pasados, en la primera infancia. Pero hay siempre una responsabilidad que tiene que ser descubierta y hecha conciente.

Uno puede no ser responsable o totalmente responsable de las propias inmadureces e inconsistencias, pero somos responsables frente a la actitud que asumimos frente a ellas. Este es un punto muy importante en psicología. Puede ser que no haya una total responsabilidad del sujeto porque todo esta relacionado con el pasado, con las experiencias de vida, con algunos consentimientos por los cuales la persona no puede ser considerada responsable, pero en todo caso

la persona es responsable de la actitud que asume ahora frente a sus inconsistencias. Por ejemplo es responsable por lo que hace para reconocerlas, es responsable por lo que hace para identificar sus raíces, es responsable por lo que hace para gratificarlas o no. Como en el caso de una necesidad afectiva sexual, cuando la inconsistencia se hace más influyente en la persona y entonces la persona tiene una cierta responsabilidad. Formar en esta responsabilidad no es solamente problema de FI sino también de FP. Pero es en la FI donde se dan los elementos para vivir como presbíteros con esta actitud.

II. Características de la “docibilitas”

1) El compromiso pleno, activo y responsable de la persona, primera protagonista del proceso educativo.

Las dos almas de la FP

Hablamos de FP como formación personal y como formación institucional. Estas son las dos almas. El sentido está claro. Por un lado la formación personal, de la cual el sujeto es responsable. Es la expresión de la responsabilidad del sujeto sobre sí mismo. Y por otro lado la formación institucional, como formación de la institución que es responsable también de los sujetos que la componen. Y cuando decimos institución entendemos no solamente la autoridad oficial, sino también la autoridad que anima un grupo, una diócesis, un presbiterio a través de diferentes y distintas mediaciones.

La formación personal es una formación ordinaria o diaria; la formación institucional es una formación que planifica las actividades extraordinarias, cursos, iniciativas varias, actividades distintas a través de las cuales se tiene vivo el sentido de la FP en el grupo del presbiterio. Entonces la formación personal es una formación básicamente ordinaria, diaria, y la formación institucional es una formación extraordinaria.

La condición de la formación personal es la *docibilitas*, mientras que la condición de la formación extraordinaria es la *docilitas*, en el sentido de la colaboración de la persona que participa de estas actividades y también da su aporte activo y responsable.

La formación personal o autoformación

En la formación ordinaria personal no basta la *docilitas*, porque aquí es el sujeto que tiene que aprovechar de todas las situaciones de la vida y ha “aprendido a aprender”. Aquí es fundamental la *docibilitas*, que es la iniciativa interior, inteligente, del sujeto que aprende de cada situación a lo largo de la vida. Y lo hace en todas las situaciones, en todas las relaciones, y en el lugar en el cual la obediencia lo ha puesto. En ellas busca y encuentra las mediaciones normales de este camino personal de FP.

Los contenidos de la autoformación personal son administrados por el individuo en relación con su mundo interior, con sus problemas, con su camino personal de crecimiento. Los contenidos de esta formación son lo que la persona conoce de sí mismo, por ejemplo cuando parten del conocimiento de sus inconsistencias personales, o cuando sabe que tiene esta flaqueza particular, esta vulnerabilidad. Pondrá en acto todo lo que le pueda ayudar a ser más libre cada día, con este objetivo final de desarrollar en sí mismo el hombre nuevo que tiene los mismos sentimientos del Hijo Crucificado.

Los contenidos de esta formación personal son objetivos y subjetivos. El punto de llegada final es objetivo: *los mismos sentimientos del Hijo*. Pero las mediaciones, el camino, el trabajo

particular y preciso, es subjetivo porque es decidido por la persona en relación con sus debilidades, sus flaquezas y sus inconsistencias.

La formación institucional

La formación propuesta por la institución ofrece una perspectiva global y sistemática de formación presbiteral. Promueve la información y la puesta al día y también la profundización de diferentes elementos de la vida del presbítero, pero así mismo puede convertirse en muy importante a nivel de crecimiento en la Fe y en la identidad vocacional como individuo y como grupo.

Este sería en síntesis el sentido de la FP desde el punto de vista de estos dos proyectos, de estas dos vidas, que son diferentes, que significan diferentes iniciativas, diferentes sujetos y que podrían y deberían estar en una relación complementaria y recíproca.

Normalmente el sujeto que toma seriamente su FP como camino personal es la que también está disponible para tomar parte en todas las iniciativas de la formación institucional.

Hay que tener en cuenta que hasta ahora en muchas diócesis o institutos religiosos la FP que se viene realizando es solamente la formación institucional. Organizada por la institución, planificada por una comisión y ofrecida al grupo y participada con más o menos frutos positivos y no tan decisivos, porque normalmente falta la dimensión o disponibilidad real del sujeto, que hemos llamado *docibilitas*. Esta dimensión es algo que nadie puede dar por descontada y es fruto de la FI. Más aún, es el punto preciso en el cual la FI se conecta con la FP.

Áreas de la formación personal

Las tres áreas de la formación personal, en relación con las tres articulaciones o dinamismos pedagógicos clásicos de cada proceso de crecimiento de la persona, son educar, formar y acompañar. Estas tres áreas son como tres direcciones que debería asumir, proponer y vivir concretamente el presbítero en su vida.

a. Educar

Educar significa descubrir y actuar *la verdad*. No solamente descubrir mi debilidad, mi flaqueza, sino realizar la verdad de mi yo según mi identidad.

Este proceso educativo consiste en descubrir la verdad de sí mismo. La estructura psíquica a educar particularmente es el *yo actual*, que descubre la verdad de sí mismo y que trata de realizar en su vida la verdad que está escondida en la Cruz de Jesús, en el Misterio Pascual.

Se responde aquí a la necesidad del hombre de dar sentido. De las tres pasiones básicas del hombre (*logos, eros, pathos*) aquí se trabaja el *logos*: necesidad de sentido, necesidad de verdad. Todo ser humano tiene necesidad de dar un sentido a la vida. La realidad es frustrante cuando acontece algo que parece extraño y absurdo.

Esta necesidad de dar sentido a la vida la encontramos en el Misterio Pascual, en la Cruz de Cristo, que nos dan la posibilidad de llenar de sentido aún lo que parecería no tenerlo.

En la FP educar significa el proceso, a través del cual, la persona descubre la verdad de la vida en torno al Misterio Pascual. Toda la vida y todos los días de la vida del presbítero son un proceso crecimiento progresivo en la verdad, un proceso de verificación progresiva. Verificación entendida como atribuir verdad y sentido.

Este proceso parte de la preparación del sujeto, en los años de la educación inicial, a conocerse, a descubrir las zonas no verdaderas de su yo y los procesos de conocimientos de sí mismo.

b. Formar

Aquí la integración se da con el *pathos* del hombre: la capacidad del ser humano de vivir intensamente la vida y de no ser simplemente objeto que la sufre. Se vive la vida con sentido de responsabilidad y de intensidad. La integración es entre *pathos* y lo que hace dramática la vida: la decisión.

La FP, en el formar, es el proceso a través del cual el sujeto discierne y elige en el tiempo oportuno y con plenitud, la forma de vivir de Cristo. Elige aquello que está llamado a ser, se presta atención al *yo ideal*. Esta es la única manera de decidir correctamente para un presbítero. La FP es esta capacidad de discernir y de decidir según el corazón de Cristo. Y, en este sentido, el presbítero vive la dimensión dramática de la vida dando pasos para dirigirse hacia el destino del Hijo, hacia Jerusalén.

La vida es vivida intensamente cuando está llena de decisiones coherentes. Cada decisión hace dramática la vida ya que cada una de ellas expresa que yo soy responsable de mi vida y si no lo asumo personalmente nadie podrá sustituirme. Finalmente el presbítero sabe que la única decisión auténtica es la decisión de caminar hacia Jerusalén. Esto lo hace semejante al Hijo.

c. Acompañar.

Aquí la integración se da con el tercer gran contenedor de energía pulsional que es el *eros*, el área de la afectividad y de la sexualidad que nos pone en relación con el otro y que hace fecunda la vida. Se presta atención al *yo relacional*.

Es la dimensión de la virginidad Pascual, paradójicamente fecunda. En esta dimensión de acompañamiento el presbítero cada día asume cada vez más la libertad amante de Dios, manifestada siempre en el Misterio de la Cruz.

Esta energía preciosísima está contenida en la afectividad y la sexualidad. El presbítero la vive como virginidad. Correctamente se define el celibato como una sexualidad pascual, es decir, integrada, pasada, a través del Misterio del Vía Crucis que es lo que la hace profundamente fecunda.

Integración de las tres áreas y pulsiones del hombre

Hemos visto cómo a través de estas tres direcciones, de estas tres áreas, se integran energías pulsionales instintivas del hombre. Con esto se supera la percepción Freudiana, que, cuando se dice energía pulsional se piensa inmediatamente en la sexualidad. Esto es muy pobre.

A través de estas tres direcciones, el modelo de la integración realmente es muy efectivo, porque nos permite ver la vida y la vida del presbítero como un proceso de integración progresiva entre pulsiones instintivas. Cada uno tiene que integrar estas pulsiones -logos, pathos, eros-, lo que significa vivirlas plenamente y no rechazarlas. Pero vivirlas en torno a un centro efectivo de sentido, que para el presbítero es la Pascua de Jesús.

En torno a este centro el presbítero puede vivir plenamente sus energías pulsionales relacionadas con el logos, el pathos y el eros. Logos y Misterio; pathos y decisión de vida y capacidad de vivir intensamente; eros y afectividad y sexualidad. Esto se da en un proceso de integración que evidentemente no puede terminar en el período de la FI, pero es en ella (primera formación) donde es posible partir de estos tres dinamismos, desde el punto de vista positivo y desde el punto de vista negativo, ayudando a la persona a verificar su realidad, su flaqueza y su debilidad, para que aprenda también a tenerla bajo control.

A cada una de estas tres direcciones o articulaciones pedagógicas le corresponde un índice de disponibilidad o *docibilitas*. A cada una le corresponde un índice de disponibilidad educativa, un índice de disponibilidad formativa, un índice de disponibilidad relacional.

Sería muy importante poseer un instrumento a través del cual cada presbítero pueda medir su índice. Pero al menos cada uno de nosotros podría empezar a preguntarse cual es su

disponibilidad, su *docibilitas* en cada una de las tres áreas. Así uno tendría un coeficiente de disponibilidad, de *docibilitas* general. Cada área tendría su índice de *docibilitas*: educativa, formativa y relacional. Y los tres índices podrían ser sintetizados en el coeficiente de *docibilitas* general del presbítero, que sería como el coeficiente de su salud espiritual y psicológica en el sentido de su disponibilidad a crecer efectivamente cada día de su vida.

2) La libertad interior y el deseo inteligente de dejarse instruir por cualquier fragmento de verdad y belleza en torno a uno, gozando de lo que es verdadero y bello.

Relación entre el yo actual y el yo ideal

“Deseo inteligente” parece ser una característica intelectual (en el sentido de inteligencia medible por un coeficiente), sin embargo la entendemos en sentido psicológico. En psicología entendemos algo mucho más comprensivo que el concepto de *inteligente, inteligencia*, como normalmente se piensa. Para entender correctamente esta tercera característica debe considerársela en el interior de la relación que existe entre el yo actual y el yo ideal.

El yo actual sería la persona desde el comienzo de su vida con sus dones, potencialidades y expectativas, sueños y su realidad concreta, la realidad positiva y menos positiva. El yo ideal es el ideal de la persona, es lo que la persona intenta realizar, la vocación -en términos espirituales-, lo que la persona está llamada a ser.

En la identidad de la persona ambas estructuras son indispensables. Porque una identidad delimitada simplemente por el yo actual sería como un Yo incompleto en estado salvaje. Y una identidad delimitada por el yo ideal sería algo veleidoso, algo presente sólo en la mente y en la idealidad de la persona, pero que sin la actualidad del Yo queda sin fuerza y sin realidad concreta.

Entonces, las dos realidades tienen que estar presentes, y entre la una y la otra debe existir una *distancia óptima*, porque si las dos estructuras están demasiado cercanas una de la otra, significa que la persona piensa que su ideal está ya prácticamente realizado. Esta persona no realiza ninguna formación permanente porque piensa que su ideal está ya conseguido en la práctica. Es el caso de muchos presbíteros que, prácticamente después de la formación inicial, piensan que su ideal ha sido conseguido y tienen sólo que enseñar a los otros. No hay distancia entre el yo actual y el yo ideal.

Pero hay otra posibilidad: que la distancia sea demasiado lejana. En este caso también el peligro es que la persona no empieza nunca a caminar, porque piensa que la distancia que lo separa del ideal es tan grande que nunca sería capaz de alcanzarlo, con la misma consecuencia del primer caso.

Distancia óptima significa que no hay ausencia, ni tampoco exceso de distancia significativa, sino la justa distancia que, en concreto, es una distancia accesible al Yo. Es decir cuando puede mover las estructuras del Yo mismo: la mente, el corazón y la voluntad. Las tres estructuras clásicas del Yo. Y con estas tres estructuras entendemos también los instintos, las pasiones, todas las energías psíquicas (por ejemplo la sexualidad, la genitalidad, la afectividad de la persona).

El movimiento de las estructuras del Yo: mente, corazón y voluntad

a. La mente

La tarea de la mente es descubrir la verdad, el corazón descubre la belleza que lo atrae y la voluntad descubre la bondad, es lo que hace buena la vida a través del compromiso de la persona.

La distancia es *óptima* cuando la mente empieza a descubrir un fragmento de verdad en su ideal. Es el momento de la elección de un ideal, cuando la mente (podría ser también el corazón o la

voluntad que empiezan, pero el caso más clásico es la mente) descubre algo que es verdadero y que es digno de ser estudiado, profundizado y considerado atentamente por la persona. En este punto, la mente debería en un equilibrio psicodinámico -dado que estas estructuras están conectadas entre ellas en nuestro interior- provocar el corazón. Y el corazón advierte una atracción. ¿Cuándo el corazón se siente atraído por la belleza de algún ideal? Cuando descubre que este ideal esconde una verdad.

b. El corazón

Esto es muy importante porque es el centro de la FP. Porque si no hay atracción no hay verdadero camino decidido por la persona cada día de su vida.

¿Cuándo el corazón se siente atraído? Cuando la mente ha empezado a descubrir la verdad y siente que esta palabra, esta realidad, este ideal, este icono, esta imagen de la vida, todo esto es verdadero y provoca al corazón -puede ser inconscientemente-. Hay una sensación que es muy importante descubrir e identificar: la *motivación*.

Como Pedro en el capítulo 6 de Juan. Después del discurso de Jesús sobre el pan de vida, cuando ve que la gente lo abandona, dice a los apóstoles: ¿«Ustedes también se quieren ir?»». Pedro le responde con aquellas palabras «¿Dónde iremos? sólo tu tienes las palabras de vida». ¿Qué pasa en el corazón y en la mente de Pedro? Él era un pescador, no era un filósofo, un psicólogo, ni un refinado intelectual, pero en su corazón estaba pasando algo importantísimo. Pedro se siente amado porque su corazón percibe que esta verdad es su verdad. 'Es difícil, no la entiendo, es dura, pero me hace descubrir a mí mismo'. Ésta es la fuente de la atracción psicológicamente hablando. Aquí la persona hace un camino personal, no es alguien del exterior que lo empuja, que lo provoca, es él que siente que *«aquí está mi verdad»*.

Pienso que Pedro no había entendido nada, no había entendido el sentido teológico de las palabras de Jesús después de la multiplicación de los panes. Pero Pedro sentía: *«Éste no es un Mesías como los otros, que multiplican estos prodigios, más prodigiosos de los que hace él»*. Pedro dice: *«Tu tienes las palabras de la vida»*. ¿Cuáles son las palabras de la vida? vida eterna. ¿Qué significa *vida eterna*? Significa palabras que hoy, en este momento me hacen vivir y que me harán vivir eternamente, por siempre. ¿Qué significa por siempre? Significa que se trata de mi identidad y que nadie me la podrá cancelar ni quitar. Ésta es mi verdad, mi identidad, ¡es imposible que el ser humano no se sienta atraído cuando descubre o empieza a descubrir en esta palabra, en esta realidad, en este hombre, en este ideal, en este símbolo la propia verdad!

'¿A quién iremos? ¡sólo tu tienes la Palabra de la vida!' En momento, psicológicamente hablando, la mente empuja el corazón y lo provoca a hacer su tarea. El corazón tiene este rol en el interior del equilibrio intra psíquico humano: experimentar la atracción, '¡esto es bello!', '¡ésta es la belleza!'

La belleza no es simplemente una evaluación estética, la belleza es la síntesis entre la verdad objetiva y la verdad subjetiva. Cuando algo es verdadero y no sólo en sí mismo, sino también intrínsecamente, es verdadero para mí, es mi identidad.

'Solo tú tienes la palabra de la vida, no me interesa si no entiendo todo, sé que en tus palabras está escondido el misterio de mi identidad'. Parfraseando a Pablo podríamos decir: 'nuestra identidad está escondida con Cristo en Dios'. Es por esta razón que cuando Jesús habla de su pasión Pedro dirá: '¡que esto no te suceda nunca!' porque el buen Pedro entiende, posiblemente de un modo inconsciente, que en esta profecía sobre la pasión de Jesús está escondido también su propio destino, por eso siente rechazo y reprende a Jesús, porque entendía: 'éste hombre está hablando también de mí'.

Entonces, la mente empieza a descubrir la verdad y provoca al corazón que hace su tarea que es descubrir y experimentar la belleza. Belleza que, como dice Platón, es el esplendor de lo verdadero, esto es, la percepción simultánea de la verdad objetiva como revelación de la verdad subjetiva, como una visión sintética, una síntesis entre mente y corazón.

c. La voluntad

Pero el camino no termina aquí porque en este punto la mente y el corazón provocan a la tercera estructura, es decir a la voluntad. Ella traduce concretamente en la vida lo que la mente ha descubierto como verdadero y lo que el corazón ha descubierto como verdadero para mí, ésta es la tarea de la voluntad.

Esta verdad que es tal porque es objetivamente verdadera, y que es también subjetivamente mi verdad, todo esto no es simplemente algo intelectual, sino algo que es posible gozar con el corazón y descubrir como bello, algo que está en mis manos y yo lo puedo interpretar, lo puedo traducir en gestos, en actitudes de vida, en realidades muy concretas, muy diarias, muy simples, y sobre todo muy personal, es una elección personal.

Yo veo que esta verdad del Misterio Pascual por ejemplo, no es simplemente una verdad abstracta o algo que yo puedo meramente contemplar y advertir su atracción, sino que es algo que yo puedo traducir en la realidad de este día, en este momento de mi vida, y es también algo que hace buena mi vida. Esta es la tarea de la voluntad.

Interdependencia entre la mente, el corazón y la voluntad

Entonces ¿qué pasa en este corazón?, cuando en la Biblia se dice 'corazón', se entiende normalmente todo el hombre interior, las tres estructuras, la mente, el corazón y la voluntad. En este sentido habla el Deuteronomio cuando dice que el mandamiento más importante de la Ley es amar a Dios con toda la mente, con todo el corazón y con todas las fuerzas, es la típica antropología bíblica.

Esto significa entonces que el movimiento no es simplemente intelectual, porque la mente no descubre nada sin la ayuda del corazón. Si la mente procede sola se da el fenómeno del intelectualismo, tan común hoy día. Si el corazón fuese solitario, estaríamos en el fenómeno del sentimentalismo. Y si la voluntad procede sola se produce el fenómeno del voluntarismo o moralismo.

Cada estructura necesita de la otra: la mente para poder entender, para profundizar, para descubrir la verdad necesita del corazón; y también necesita de la voluntad. Es imposible entender el Misterio Pascual si la persona no lo pone en práctica y no lo vive.

Cada una de estas estructuras puede llegar al máximo de su expresión con la ayuda de las otras. El máximo de la mente es la mente que descubre la verdad cuya máxima expresión es la contemplación. El máximo del corazón, de la actividad cardíaca, es el enamoramiento. Y el máximo de la voluntad es el martirio, la entrega total de la vida; no necesariamente en el sentido cruento del término martirio, pero sí como entrega radical de sí mismo.

Quien camina de esta manera realiza una auténtica FP. Es por esta razón que es importantísimo que este camino y este sentimiento comience en los años de la primera formación. Preparar para moverse en este sentido.

Hacia el yo ideal a través de la vida cotidiana

Hay una ley psicológica que dice que sólo el *yo ideal* (es decir, la revelación de la verdad, de la belleza y de la bondad) puede mover el *yo actual*, y moverlo junto. Esto significa moverlo en todas sus estructuras. Y por otro lado, el *yo actual* cuando se mueve de esta manera, puede llegar al *yo ideal*. Esta es la distancia primaria.

El movimiento del yo actual al yo ideal se dará a través de una distancia accesible sólo si hay un movimiento integral de las estructuras internas.

Así, todo esto lo que pasa cada día de la vida de la persona, se transforma en "lugar" de este movimiento al yo ideal. Por ejemplo la persona creyente empieza su jornada meditando la palabra de Dios (la mente en su máxima expresión que es la contemplación). Esta palabra es descubierta

como la revelación de mi identidad y puesta en práctica en la vida de la persona. Si hoy la persona ha vivido de esta manera coherente, mañana la mente será mas capaz de leer la Palabra de Dios. No porque la persona ha estudiado la Sagrada Escritura, sino porque en la interioridad todo es capturado como verdad, belleza y bondad. Todo esto hace que la mente sea más capaz de leer la Palabra. Cuando nosotros leemos la Palabra no se realiza sólo un movimiento activo donde somos operadores de la lectura, sino que al mismo tiempo nos dejamos leer por la Palabra. Cada día esta capacidad irá en aumento.

Si además siento que esta verdad objetiva contemplada esconde mi verdad, entonces mi corazón mañana sentirá de una manera más fuerte la atracción y también la voluntad descubrirá algo nuevo. Si la mente ha descubierto más la verdad, el corazón advierte más la atracción y la voluntad se entrega más al descubrir nuevas exigencias del valor ideal de modo más convincente.

La persona esta viviendo este camino cuando el valor de hoy no es el mismo de ayer. Y no porque haya cambiado el valor en si mismo, sino porque la persona ha progresado en este camino y entonces el valor aparece de modo más convincente, mas atrayente al corazón y también más exigente a la voluntad.

Así, día a día, se acerca progresivamente al yo ideal, al punto de conquistarlo definitivamente. Y este camino es coherente, y tiene sentido, cuando contemplación, enamoramiento y martirio van juntos. Esta es auténtica FP. Hasta el último día de la vida y cada día de la vida, hay nuevos descubrimientos, nuevas verdades.

Por esta razón el creyente, el presbítero, empieza el día meditando la Palabra. Y no como mera disciplina, sino como espacio para alimentar la mente desde Dios, con el “maná” preparado por Él, por su Providencia. Nuestra vocación, que es “matutina”, se nutre de la Palabra al comienzo del día, en la cual descubre escondido el misterio de su propia persona. El corazón reza, es decir, celebra esta atracción de amor.

Rezar significa estar frente a la verdad de Dios en la verdad de sí mismo. Así la oración pasa a ser un momento formativo. Te educa y te forma, te hace descubrir la verdad. La palabra de Dios y la realidad de Dios son como un espejo en el cual el creyente se percibe siempre más a si mismo.

Esta persona puede descubrir su verdad en la Palabra de Dios y en el Misterio Pascual. Pero también esta persona adquiere capacidad de hacer este camino en cada situación de la vida, en cada persona, en cada relación, en cada acontecimiento. La oración otorga esta capacidad de descubrir la verdad de Dios en cada fragmento de la vida, en cada fragmento del día.

Hay que tener en cuenta que no siempre la Verdad aparece revelada de modo luminoso, sino a través de fragmentos. Es por esta razón que Jesús, después de la multiplicación de los panes, recomienda recoger todos los fragmentos. Hay que tener en cuenta, entonces, que la integración de la vida pasa por descubrir en cada fragmento de la vida la presencia de Dios. Pero esto sólo es posible para quien hace FP en cada día de su vida.

Esta sensibilidad a los acontecimientos diarios debe ser educada. La sensibilidad no es instintiva, cada uno de nosotros tiene la sensibilidad que merece según el camino que está recorriendo y en relación con el ideal de su vida.

La verdad del presbítero creyente y el Misterio Pascual en el amor de Dios, lo hacen sensible de descubrir cada expresión, cada revelación, cada manifestación de esta grandísima verdad en los pequeños fragmentos de su vida diaria, en la medida limitada de su vida, en la medida limitada de su parroquia, en la medida limitada de sus oraciones diarias, en la medida limitada de lo que acontece en su vida.

Nosotros vivimos en una medida limitada, pero esta contiene la grandeza del Misterio. El Todo en el fragmento. Pero esta sensibilidad no es un don que viene de lo alto automáticamente. También mi sensibilidad es objeto de formación y de FP. Por ejemplo un sacerdote que no se da cuanta del hermano necesitado. Allí hay una sensibilidad que corre riesgo de ser orientada en una dirección que no es la auténtica dirección de la persona que experimente el amor de Dios.

Está claro entonces que la *docibilitas* significa la persona que ha orientado su manera de ser y de vivir, su sensibilidad, en dirección precisa coherente con el ideal de su vida. Esta persona puede descubrir así el amor de Dios, no solamente cuando oficialmente es revelado, sino también en cada día de la vida. La vida y sus circunstancias contienen un montón de estos fragmentos, pero sólo la persona que se ha hecho sensible de esta manera puede primero descubrir estos fragmentos y luego puede gozar de ellos y dejarse formar por ellos.

Resignificación de la vida desde la totalidad subjetiva

Tenemos en cuenta el principio de la totalidad objetiva y subjetiva. Totalidad objetiva es la totalidad con respecto al ideal. Es la totalidad del objeto, del valor ideal. La totalidad subjetiva es la presencia simultánea de las estructuras psíquicas - la mente, el corazón, la voluntad -, cuando estas están involucradas y conectadas entre sí en orden a ese ideal. El principio de totalidad significa también que el hombre, desde estas estructuras intra psíquicas, es libre hasta el punto de retomar su pasado y resignificarlo, atribuyéndole sentido nuevo. Es esta integración la que ahora me permite ser agradecido a Dios.

Esta resignificación de la vida se realiza a través de categorías bíblicas y psicológicas. Las categorías bíblicas parten de los momentos significativos de la historia sagrada, porque mi vida es como la vida del pueblo de Dios. El formador tendrá que presentar en toda su belleza, riqueza y esplendor el valor bíblico para provocar un camino en el formando. Sólo atraído por la totalidad objetiva puede mover la totalidad subjetiva. Pero la totalidad subjetiva puede descubrir la belleza del objetivo solamente cuando se mueve con la totalidad de sus fuerzas. Alcanza la verdad y la belleza del objeto cuando mente, corazón y voluntad se dirigen a él. Este principio tiene mucho que ver con la FP.

La tarea de la FI es hacer nacer este dinamismo y comunicar al joven que este dinamismo deberá durar toda la vida, porque el ideal, desde el punto de vista psicológico, nunca es totalmente alcanzable. Si un ideal es alcanzable deja de ser un ideal y se produce la “muerte psíquica” de la persona, porque desaparecen las motivaciones. De esta manera también desaparece la FP.

El deseo del ideal

En síntesis hablamos del *deseo inteligente*. También el deseo debe ser formado, como la sensibilidad. En teoría existe un único deseo en el corazón del hombre: ver el rostro del Padre. “Señor muéstranos la cara del Padre, y esto nos basta”. Traducido en términos psicológicos significa que este es el único deseo del hombre y todos los otros son una consecuencia o una contradicción de este deseo.

Deseo significa fuente de energía. La persona que desea concentra sus energías en un objetivo que se pone en el centro de su vida, porque es descubierto como su verdad. El deseo es como un dique que concentra agua. Es energía psíquica totalmente concentrada en el centro de su vida que es el Misterio Pascual, la cruz de Jesús.

La acción es el punto en el cual la presión del agua, totalmente concentrada, rompe la barrera y determina algo práctico y personalmente elegido. Surge una obra coherente con el deseo. Pero en el dique puede haber fisuras que disminuyen la presión; estas son las obras perdidas que desperdician energías en acciones incoherentes.

El deseo y la capacidad de desear también, son objeto de la FI. Ya que el deseo es expresión de su Fe. Espiritualmente y psicológicamente hablando desear significa concentrar toda la energía, y no permitir que haya desperdicios de la misma, en la voluntad de hacerme semejante a Cristo crucificado, hasta el punto de tener el mismo sentimiento del Hijo en la cruz.

El deseo, en esta perspectiva, es también objeto de examen de conciencia. Es indispensable verificar mis deseos, mis actitudes, mi sensibilidad, para que todo esto sea objeto de un camino de formación, frente a la palabra del día y al Misterio Pascual.

3) La capacidad de relación con la alteridad, de interacción fecunda, activa y pasiva, con la realidad objetiva, otra y distinta respecto del yo, hasta dejarse formar por ella.

Enriquecerse con lo distinto

Otra característica de la *docibilitas* es la capacidad de relación con la alteridad frente a la tendencia moderna de homologarla.

Se dice que en la cultura de hoy, por lo menos en la cultura occidental, se da una tendencia llamada *homosexualidad sutil*, más allá del sentido genital sexual, que intenta homologar la realidad eligiendo sólo la parte de la realidad que me es semejante.

Entonces yo establezco relaciones solamente con las personas que son semejantes a mí o que aceptan ser semejantes a mí. Esto es un proceso de homologación de la realidad. Este proceso pone a la persona fuera del camino de la FP porque hay formación solamente en la relación con la diversidad. Cuando la persona descubre una nueva realidad en torno de sí que no posee todavía y se abre a través de la sensibilidad que lo interesa.

Y entonces la persona siente interés por quedarse abierto a esta realidad, al otro, sin homologarlo. Sin pensar que la relación es posible sólo cuando hay plena semejanza entre las partes.

Esta es otra característica de la *docibilitas*, que es esta libertad interior que te permite establecer relaciones con todo el mundo, con cada persona, con el más distinto.

Esta tendencia homologante de la realidad nos hace correr el riesgo de perder muchas posibilidades de crecimiento. Porque el crecimiento está conectado con la novedad, con la realización de algo que yo no poseo todavía y que el otro posee y que podría ser un fragmento de verdad.

Hoy vivimos en una cultura que hace sentir la diversidad como conflictividad. Esta libertad interior de relacionarse con lo distinto es más difícil en nuestra cultura que está a la defensiva de cualquier invasión permaneciendo rígidamente entre algunos confines. Esta ya no es una excusa subjetiva, sino una realidad objetiva. La persona puede quedarse entre sus confines defensivos, perdiendo la posibilidad de enriquecerse con la riqueza de los otros.

También en un presbiterio funciona esta tendencia. Cada uno de nosotros tiene su “quintita” con límites precisos. Y uno está tentado a quedarse dentro del interior de estos límites.

Esta capacidad de relación con la alteridad te dispone a ser fecundado por el otro, la verdad de uno mismo es fecundada. La verdad se revela progresivamente en la medida que el hombre que la descubre la deja fecundar.

Lo distinto y lo nuevo en procesos dinámicos

La realidad no es algo estático. Lo hemos dicho de la Fe, de los componentes de la Fe. Distinguimos el dogma, entendido como contenido de la Fe, que por su naturaleza es algo estático, definido una vez y para siempre; y las dimensiones de la Fe que representan el aspecto dinámico de la Fe de descubrimiento progresivo de ese contenido.

Este aspecto dinámico de la Fe es importantísimo. Ya que es lo que permite al creyente descubrir de una manera siempre nueva el contenido de su Fe. El sentido, la profundidad, la expresión según varios idiomas, sensibilidades y culturas del mismo contenido de Fe pueden vivirse con una creatividad que lo hace dinámico y siempre nuevo.

Así el creyente puede expresar el mismo contenido sin repetirlo mecánicamente, porque la repetición podría significar la falta del aspecto dinámico, del aspecto personal.

La integración del pasado es una manera de hacer dinámica la Fe, de personalizarla, de descubrir qué significa dentro de la medida pequeña y limitada de tu propia vida. La alteridad e interacción fecunda con la realidad objetiva, otra y distinta respecto del yo, pasa a ser camino de formación hasta dejarse formar por ella, hasta dejarse fecundar por ella. El creyente incapaz de alteridad se espeja a sí mismo y se homologa a la realidad sin dejarse fecundar por ella.

4) Una actitud fundamentalmente positiva frente a la realidad: de reconciliación y agradecimiento hacia la propia historia y de confianza en los demás.

Encontrando sentido a cada acontecimiento

Para que la vida, las cosas y los procesos interiores no se vivan como algo fragmentado, sin luz, sin sentido, y sin calor, el movimiento de la persona debe conseguir lentamente (como con un movimiento en espiral, que abarca toda la vida pasada y presente, la afectividad, los instintos, las pasiones, las tendencias, la negatividad y las impotencias) acercarse a la fuente de luz y de calor que es el Misterio Pascual. Lo que Cristo hizo en la Cruz.

En la Cruz, Cristo ha dado sentido a lo que estaba privado de sentido. La Cruz es un evento de integración. Porque la pasión de Cristo ha sido el hecho más carente de sentido, el más ausente de presencia de Dios. Cristo nos ha salvado porque ha llenado este abismo de no sentido, de ausencia de sentido, lo ha llenado de amor. Donde Dios estaba ausente, Cristo lo ha hecho presente. Por eso es un hecho integrador. El sentido de la Cruz es lo que hace posible la transformación de mi vida. Puede dar sentido a todo. Puede dar sentido a cada acontecimiento.

Esta integración, entendida como transformación que da sentido, es importantísimo darla al joven formando. Para que esta dinámica de la identidad de la Cruz pueda ser aplicada a su propia vida, su historia, su memoria, sus sentimientos, su sexualidad y virginidad.

En este contexto decimos que la FI prepara la FP ya que hace la persona *docibilis* y le permite integrar la historia propia alrededor del Misterio Pascual. Recorriendo toda la historia propia, la personalidad, mente, corazón, voluntad, instintos y afectos. Todo, ya que en todo habita el Espíritu de Dios, como decían los Padres de la Iglesia. En el instinto humano, en mi sexualidad, en todo, habita el Espíritu de Dios.

Si bien esta es una operación que implica mucha renuncia y esfuerzo, sin embargo lleva a un camino de madurez. Con este tipo de provocación nada puede ser rechazado de nuestra humanidad y nada puede ser privado de sentido.

La acción del auténtico creyente es recibir, acoger, el sentido que viene de la fuente del sentido cristiano que es la Cruz de Cristo y el Misterio Pascual. Fuente de calor, de luz, de verdad y de sentido que llena toda la vida, toda la historia, toda la memoria, toda mi personalidad, en sus instintos y en sus afectos.

Integración del mal

Desde este Misterio de Redención también los errores propios pueden ser rescatados.

Existen 5 tipos de males que deben ser integrados:

- el mal personal, el mal moral, el pecado.
- el mal social comunitario, hecho como comunidad. Recordamos cuando Juan Pablo II pidió perdón, en el año del Jubileo, por los pecados de la Iglesia. No todos entendieron

correctamente este pedido de perdón. Sin embargo fue un gran acto de integración comunitario. Pedir perdón del mal social.

- el mal debido a los límites naturales, de la vida, los límites físicos, personales, enfermedades, o la muerte de personas queridas.
- el mal debido a los límites psicológicos de las personas que vivieron conmigo que dejaron secuelas en mi personalidad y que pueden ser relacionadas con actuales dificultades.
- el mal como violencia, como agresión recibida, como calumnia o maledicencia.

Estas cinco categorías de males pueden ser integrados en torno a la Cruz de Cristo.

Finalmente comentamos un ejemplo de la vida sacerdotal. Es un caso real. Don Luis, buen cura y vivaracho, en cierto momento abandonó el ministerio por una mujer con gran escándalo en la diócesis porque era un presbítero muy conocido. Vivió afuera por años, pero sin casarse. Con el tiempo Dios le hizo la gracia de retomar el camino de la Fe y el deseo de seguir siendo cura. Yo me encontré con él luego de un primer contacto con el obispo, que después de haber considerado el itinerario de conversión y las señales profundas de buena voluntad lo acogió nuevamente en el presbiterio, a pesar de algunas quejas de “hermanos mayores” sacerdotes. Siempre hay algún “hermano mayor” como en la parábola del hijo pródigo que no esta de acuerdo con el retorno de quien a cometido un error.

El obispo lo ubicó a Don Luis, no en la catedral, no como rector del seminario, sino como párroco de la última parroquia de la diócesis. Como él pidió, justo como el Hijo pródigo. Don Luis estaba muy contento con esta situación. Muy contento de haber sido acogido y de la experiencia de Fe y la gracia de Dios por volver.

En su experiencia de pastor se encontró con una novedad. Me decía: “yo estoy en los confines de la diócesis pero vienen curas a buscarme y también laicos, pero sobre todo vienen los curas en peligro, en dificultad, en crisis. Vienen a pedirme ayuda.”

Los que estaban en dificultades lo buscan para confiarle sus pruebas y miserias. Y ¿Porqué a él? Porque no tenían ser juzgados. Lo consideraban alguien que por haber cargado sobre sus hombros un pasado tan pesado, encontrarían en su experiencia una luz para afrontar la propia situación.

Esta es una auténtica integración del mal, del pecado. En Don Luis la experiencia del mal fue transformada como ayuda a los presbíteros que estaban en dificultad.

Es un ejemplo típico de integración. Un hecho negativo que se transforma en un acontecimiento positivo para sí y para los demás. Un pecado que se convierte en gracia. Es lo maravilloso y extraño de Dios como Maestro de formación. Que permite que uno se equivoque, incluso gravemente, para sacar de ello un bien para él y para los demás. Extraña lógica de su Providencia. Este sacerdote era el último de la diócesis, se sentía el último de la diócesis. Los penúltimos no buscaron ayuda en los primeros sino en el que era el último. Se sintieron ayudados por el último. El último empujo hacia adelante a los penúltimos sin humillarlos.

Es un bello ejemplo de un mal que es integrado. La FP es camino de integración, de transformación de los acontecimientos de la vida.

En el fondo fue lo que hizo Jesús que eligió el último puesto para llevar consigo a todos al Padre, empezando por los últimos, para que nadie se perdiera. Esta es la integración de la vida, el modelo de la integración.

III. A modo de conclusión

Esto es lo que la FI debería hacer crecer en la persona, esta *docibilitas*, esta libertad inteligente, esta interdependencia, esta coherencia interior. Ayudando a la persona misma a

descubrir dentro de sí lo que se opone a esta actitud interior, descubriendo las propias inconsistencias. Para lograr esto de manera concreta la FI deberá ayudar al joven a liberarse de sus miedos y defensas: el miedo de interactuar con lo distinto, de vivir la diferencia con el otro como hostilidad, la capacidad de no hacer de la diversidad un conflicto permanente y la liberación de las distorsiones perceptivas e interpretativas de la realidad, que vienen por heridas, enojos, mecanismos defensivos. Todos estos perturban la relación con los demás y hacen crecer las expectativas no realistas de su futuro, pretendiendo vivir según su sensibilidad, sus propios sentimientos.

La FI debe ayudar al joven a llegar a este tipo de conocimiento de sí. Conocer sus sentimientos y cómo manejarlos y expresarlos. La verdad de los sentimientos no está en nombrarlos simplemente, confundiendo a veces sinceridad con libertad y verdad (cuando al otro le digo ¡te odio! Porque así lo siento, sin tener en cuenta cómo el otro lo recibe). Verdad es identificar la raíz de los sentimientos. Como dice Ignacio “¿de dónde viene (el sentimiento), es un amigo, o un enemigo”.

El sentimiento siempre dice algo de mí, me revela, me ayuda a descubrir lo que tengo en el corazón. Por lo tanto avisa dónde tengo que poner la atención para trabajar sobre mí mismo. Por eso no descubro mi verdad y no hay ningún camino de crecimiento si sólo expreso mis sentimientos sin conocer cuáles son sus raíces.

Las cuatro características de la *docibilitas* ponen al sujeto en condiciones de “aprender a aprender”, es decir, de vivir en un estado permanente de formación a lo largo de toda la existencia. Este estado de libertad para aprender en la vida y de la vida, como expresamos al comienzo, es el punto de llegada de la FI.

ENTREVISTA

ENTREVISTA A AMEDEO CENCINI

Encuentro de responsables de clero,
Huerta Grande, 28 de junio al 2 de julio de 2004.

1. Usted nos habló de llegar al ministerio con expectativas adecuadas, nos decía que la clave es conformarse a la cruz de Cristo; según su experiencia personal, ¿cuál es la forma de la cruz para un presbítero, en la cultura actual?

Pienso que la forma de la cruz está en el don que Cristo hace de su vida para la salvación de la humanidad, por lo tanto, la forma de la cruz es la forma de aquél que se siente totalmente amado por Dios hasta el punto de entregar su vida por amor a los demás, esta es la forma de la cruz y es significativa para todas las culturas.

Si luego miramos la cultura de hoy, a todos sus aspectos de narcisismo, de egoísmo, de egocentrismo, en la cual hay una suerte de globalización de la referencia a sí mismo, es evidente que la forma de la cruz es más significativa todavía. Por lo tanto, el presbítero que de veras quiere vivir su ministerio en la realidad que significa y no con expectativas irreales, hoy como ayer y más que ayer, está llamado a conformarse a esta forma de la cruz de Cristo.

Evidentemente, esta forma de la cruz se entiende en el sentido que le hemos dado durante el curso, es la forma de Cristo que deja la horma detrás de sí, detrás de la cual debo caminar. Por lo tanto es una forma que se transforma en horma y norma de vida.

2. ¿Por qué la identidad sacerdotal es una identidad Eucarística?

La identidad sacerdotal es una identidad Eucarística porque la Eucaristía es el símbolo, el signo, en el cual el sacerdote encuentra expresada con mayor evidencia y claridad su identidad y la verdad de su vida.

De hecho, la Eucaristía, particularmente en el Evangelio de Juan, profetiza la cruz y expresa lo que Cristo hará de ahí en más, donando totalmente su vida por la salvación de la humanidad. Para el sacerdote, la Eucaristía celebrada diariamente es no sólo la memoria de la cruz sino la memoria de su verdad, es la memoria de su identidad. Por ello el sacerdote celebra cotidianamente la Eucaristía y encuentra en Ella la fuente de su identidad, particularmente en aquellos cuatro verbos de la forma de la consagración: tomar el pan, bendecir, partirlo y darlo. Cuatro verbos que dicen concretamente la identidad del sacerdote.

“Tomó”, que indica la conciencia del don recibido, la conciencia del amor con el cual el Padre nos ha amado. Ninguno puede amar sino a partir del amor recibido.

Luego “bendijo”; es la bendición que significa dar gracias a Dios porque nos ha hecho el don de ser bendecidos, consagrados, identificados con el Hijo hasta el punto de ser como El, sacerdotes. La bendición significa la acción de gracias, y la gratitud es siempre la fuente de la gratuidad.

Tercero, “partió”: partir quiere indicar el cumplimiento de esta identificación con Jesucristo. Es imposible para un sacerdote consagrar el pan y el vino sin comulgar con este pan y vino y no sentir dentro de sí, que este pan partido, “parte” de algún modo su vida. Este es un punto muy importante.

No somos nosotros los héroes que nos entregamos por los demás, sino que es la energía del “pan partido” que entra en nosotros y, de algún modo, nos comunica la fuerza y la energía de hacer lo mismo, nos comunica el coraje de entregar también nosotros nuestra vida como lo ha hecho Cristo.

Cuarto, “lo dio”. Nos partimos para darnos a los demás, y nos podemos dar a los demás solamente si nos “partimos”, si no nos “partimos” no podemos darnos a los demás. El don de nosotros mismos a Dios y a los demás como sacerdotes es la manifestación de nuestra identificación con Jesucristo, y en este “darnos”, si debemos privilegiar a alguien, debemos privilegiar, sobre todo a aquellos que están más tentados que los demás de no sentirse amados.

3. En sus escritos, ¿cual es la relación entre identidad sacerdotal y unidad de vida?

Voy a hablar un poco de la dinámica de la unificación de la vida sacerdotal. La unidad de vida en el sacerdote es consecuencia de la relación que éste establece con el tiempo. En este sentido, en el libro sobre la formación permanente⁵ he hablado del tiempo concentrado, del tiempo distendido y del tiempo cumplido. El sacerdote vive la unidad de vida en la medida en que es capaz de vivir estas diversas dimensiones del tiempo, poniéndolas en relación entre ellas.

Brevemente; el tiempo concentrado significa la capacidad del sacerdote de concentrar sus energías, su fuerza y su tiempo en la celebración del misterio, contemplando la cruz del Señor. Celebración no sólo en el sentido ritual y litúrgico, sino celebración de todo lo que expresa que la cruz de Cristo está en el centro de la vida del sacerdote. El tiempo es “concentrado” en la medida en que el sacerdote está totalmente concentrado con todas sus energías en esta tensión hacia el centro, sobre todo, evidentemente, cuando celebra la Eucaristía o medita la Palabra, pero también cuando vive su ministerio, también entonces el sacerdote es invitado a vivir la concentración de sí, de fe dinámica de frente al misterio de la cruz de Jesús.

Cuando en la vida del sacerdote existe el tiempo “concentrado”, entonces el resto de la jornada se transforma en tiempo “distendido”, tiempo en el cual el misterio celebrado se extiende, de algún modo, narrándose. Es como si todo lo que el sacerdote hace se transformara en una expresión y manifestación del misterio que está en el centro de su existencia. De esta manera, todo lo que el sacerdote hace se transforma de algún modo en sacramento, como una especie de teología narrativa que cuenta las maravillas del amor de Dios.

Cuando la relación entre tiempo concentrado y tiempo distendido se hace habitual, estilo de vida, entonces el tiempo se transforma en “cumplido”. Es lo que expresa Jesús en el inicio de su ministerio público. Esto quiere decir que cada instante de la vida del sacerdote se transforma en formación permanente, porque es el tiempo en el cual se cumple la voluntad del Padre de hacernos semejantes a su Hijo, y es tiempo en el cual el sacerdote puede y es llamado a decidir con todas sus fuerzas, hacer este camino y hacerse disponible a la acción del Padre.

En el sacerdote que vive el tiempo con esta disponibilidad interior, el Padre verdaderamente lleva a cabo este “misterio” de la formación permanente, y es como si en cada parte de su vida se cumpliera “la hora”, como se ha cumplido en el Hijo. Esto quiere decir que en cada instante de la vida del sacerdote se cumple el proyecto del Padre. Cada momento es irrepitible y el sacerdote vive en ese instante la totalidad del amor de Dios recibido y la responsabilidad de dar su respuesta. En

⁵ AMEDEO CENCINI, *La formación permanente*. Ed. San Pablo. Madrid. 2002. 2ª edición.

ese momento se realiza también la unidad de vida, gracias a la concentración total de sus energías en Dios y en el misterio de la cruz en la cual está involucrado.

Es importante recordar que esta unidad de vida es el objetivo final, pero se construye propiamente a través de una pedagogía, de una dinámica que se va expresando en elecciones precisas, a través de las cuales el sacerdote vive su tiempo con estas dimensiones: tiempo concentrado, tiempo distendido y tiempo cumplido.

4. Cuales son las consecuencias de las inconsistencias en la vida sacerdotal?

Las consecuencias de las inconsistencias son varias, pero todas a partir de este fenómeno central. Respondiendo la pregunta precedente dijimos que el tiempo concentrado significa la concentración de todas las energías, es decir de todos los deseos del sacerdote en torno a la cruz de Cristo.

La inconsistencia impide realizar esta concentración porque resta energía y divide interiormente al sacerdote. Es como si una parte de él tiende hacia la cruz, en el deseo sincero de ser semejante al Hijo crucificado; y otra parte, tal vez sin que se de cuenta, tiende en cambio hacia otro objetivo. Esta es la consecuencia más negativa de la inconsistencia.

La inconsistencia divide, corta la unidad interior del sacerdote y le quita energía. Es evidente que esta sustracción de energía se hace visible en tantas formas, por ejemplo; falta de entusiasmo, indiferencia, sentido de frustración, incapacidad de entregarse totalmente a todos, relaciones interpersonales que obedecen al principio de la "selección", incapacidad de amar a los más pobres, etc. La inconsistencia, quitando energía debilita al sacerdote en su ministerio sacerdotal.

5. ¿Porqué si la vida sacerdotal no es formación permanente es frustración permanente?

La vida sacerdotal se transforma en frustración permanente cuando el sacerdote no vive diariamente, cada día de su vida aquello que le revela su propia identidad, es decir el misterio de la cruz del Hijo. Es propiamente el vivir de frente a este misterio lo que revela al sacerdote a sí mismo y le hace descubrir su propia verdad e identidad. Cuando no se da esto, cuando la persona no reconoce cada día de su vida esta identidad y verdad y no trata de conformarse a ella, es evidente que surge un mecanismo y un dinamismo contrario, es decir, la persona se aleja de su verdad e identidad. Allí se hace evidente el sentido de frustración, porque nosotros estamos contentos y felices cuando podemos realizarnos según nuestra identidad. En este sentido Jesús dice: "la verdad los hará libres". Verdaderamente la verdad nos da el sentido y el gusto de la vida porque nos permite realizarnos según el proyecto que Dios tiene sobre nosotros, el cual es un proyecto verdadero.

Cualquier proceso de alejamiento de esta verdad, es evidente que crea frustración. Por lo tanto la formación permanente no es ante todo un problema moral. Conviene al sacerdote llevar adelante fielmente un programa de formación permanente, porque solo a través este proyecto él se descubre progresivamente a sí mismo, puede ser "el mismo", puede afirmarse según su identidad, vivir según el don que ha recibido y ser feliz, porque la razón de la felicidad está en llegar a ser lo que el Señor ha querido de nosotros desde toda la eternidad.

**EXPERIENCIA DEL CURSO PROLONGADO
DE FORMACIÓN PERMANENTE PARA SACERDOTES**

Villa Allende, 17 de mayo al 30 de julio de 2004

Pbro. Hugo Santiago.
Diócesis de Rafaela
Director

1. Quiénes participaron

Los sacerdotes que participaron del Curso Prolongado de formación permanente, realizado en Villa Allende (Cba), desde el 17 de mayo al 30 de julio de 2004, fueron 26 y por regiones son los siguientes:

Región NEA: Adolfo Canecín (Diócesis de Formosa), Luis Pozzi y Ramón Cardozo (Diócesis de Puerto Iguazú), Ramón Espinoza y Alberto Altamirano (Diócesis de Goya), Julio Kocka (Diócesis de Roque Saenz Peña), Armando Portal (Arquidiócesis de Resistencia), Walter Vénica, Tomás Spanghero y Silvio Troche (Diócesis de Reconquista).

Región NOA: Daniel Morales (Diócesis de La Rioja). Región de CUYO; Jorge Massut y Alfredo Quero (Arquidiócesis de San Juan de Cuyo), Carlos Romero (Arquidiócesis de Mendoza). Región CENTRO; Fabián Gili (Diócesis de Villa María). Región LITORAL: Neri Zbrun (Diócesis de Rafaela), Roque Rojas (Diócesis de Gualaguaychú). Región PLATENSE: Miguel Ostertag (Diócesis de Azul). Región BUENOS AIRES: Alejandro Dario (Arquidiócesis de Buenos Aires), Juan Yakimczuk (Diócesis de Lomas de Zamora), Germán Meling (Diócesis de Morón), Marcelo Varano y Marcelo Belletti (Diócesis de San Isidro). Región PATAGONIA-COMAHUE: José Luis Gennaro (Diócesis de San Carlos de Bariloche), Sergio Soto (Diócesis de Río Gallegos).

Los que acompañamos la experiencia fuimos: Raúl Troncoso -director espiritual- (Diócesis de Azul), Enrique Eguía -vicedirector- (Arquidiócesis de Buenos Aires) y Hugo Santiago -director- (Diócesis de Rafaela)..

2. Cual fue la propuesta del curso

UNA IDEA CENTRAL

El curso tiene una *idea central* que se expresa de la siguiente manera: La formación permanente se centra en la dimensión espiritual – una vida según el Espíritu – (cfr PDV 45c); la dimensión espiritual se “asienta” en la dimensión humana – la gracia supone la naturaleza – (cfr PDV 43); ambas dimensiones tienen repercusión en la dimensión pastoral – un sacerdote “sano” que viva según el Espíritu será un signo más claro de Jesús Buen Pastor – (cfr PDV 57 a). Finalmente, al servicio de las tres dimensiones anteriores está la formación intelectual (cfr. PDV 51).

Las cuatro dimensiones de la formación permanente expresadas en la idea central, suponen *impostaciones diversas*: la formación espiritual supone “orar” – y no basta saber mucho de oración – ; la formación humana supone una mirada psicológica y por eso se hace mejor desde esta óptica y con la ayuda de un profesional que haga ver las inconsistencias que hay que superar y los hábitos que hay que arraigar para crecer en madurez humana; la formación pastoral supone principios doctrinales y “experiencia pastoral” – no basta una pastoral ‘de escritorio’, ya que el contacto vivo con la gente en el trabajo pastoral, enseña, especialmente el contacto con el pobre como “lugar teológico”, porque éste es especial presencia y oportunidad de encuentro con Cristo. Finalmente, la dimensión intelectual supone pensar, analizar, sintetizar, en fin, estudiar.

Para aclarar estas diversas impostaciones, es iluminador lo que dice Charles André Bernard⁶ acerca de la diferencia entre oración y estudio:

"La diferencia esencial que hay entre la oración y el estudio doctrinal consiste en el hecho que, mientras el estudio puede permanecer al nivel de una consideración más o menos exterior del misterio de fe, la oración comporta un movimiento de adhesión a la realidad cristiana: tomamos siempre mayor conciencia de nuestra condición de hijos de Dios y aplicamos no sólo la inteligencia, sino también el corazón y la voluntad, a la voluntad de Dios sobre nosotros. En este sentido decimos que el padre espiritual no se conforma con iluminar la vida del cristiano, sino que mira a una transformación del corazón y de la voluntad por medio de la vida de oración"

Este autor también muestra la *diferencia y la complementación* que hay entre quienes trabajan el campo de la formación humana y de la formación espiritual, es decir, la diferencia entre el aporte de un psicólogo y del padre espiritual:

*"...podemos individuar la diferencia fundamental entre el consejero psicológico y el padre espiritual. El primero ayuda, ante todo, a conocer las condiciones psicológicas de la personalidad y en particular los impedimentos y los complejos que obstaculizan la plena realización de sí: solamente después de esta sanación psicológica asume el problema del compromiso espiritual, que para el psicólogo es facultativo. Para el padre espiritual, en cambio, es el compromiso espiritual serio y decidido que lleva a la manifestación y al descubrimiento de las debilidades y distorsiones psicológicas. De éstas también él deberá ocuparse, pero siempre en un modo subordinado a la búsqueda del cumplimiento de la voluntad de Dios. Criterio determinante es la capacidad del hijo espiritual de vivir según el Espíritu de Dios."*⁷

También es iluminador lo que dice Federico Ruiz Salvador acerca de la dimensión formativa y santificadora del trabajo pastoral:

"Ahora nos interesa observar el apostolado como medio de santificación para el apóstol mismo. El servicio apostólico es fuente de gracia, experiencia y santidad para el apóstol mismo, no sólo para los demás; fuente primordial y no sólo ocasión. El Concilio, refiriéndose a los presbíteros, abre horizontes nuevos con un principio de validez universal: 'Los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente su ministerio en el Espíritu de Cristo.

Como ministros que son de la palabra de Dios, diariamente leen esa palabra de Dios que deben enseñar a los otros; y, si al mismo tiempo, se esfuerzan por recibirla en sí mismos, se harán cada día discípulos más perfectos del Señor' (PO 13)

⁶ CHARLES ANDRÈ BERNARD SI, *L'aiuto spirituale personale*. Editrice Rogate-Roma. 1985. 3° edizione. pag 40

⁷ ib.

*Ahí están los varios elementos: santidad específica, en el ejercicio de su ministerio, en docilidad teológica al Espíritu de Cristo, con exigencia moral de entrega sincera e incansable. Cuatro componentes inseparables, mezcla de dones y exigencias de calidad.*⁸

Esto intenta el curso; brindar momentos específicos que favorezcan esas diversas posturas propias de los diversos aspectos de la formación permanente y que integradas conducen a la madurez cristiana y sacerdotal. Diríamos que para atender correctamente lo que significa la integralidad de la formación permanente, intenta un trabajo interdisciplinar, en el cual participa el padre espiritual, el teólogo, el psicólogo y la iluminación de la acción pastoral realizada a la luz de la fe y la doctrina.

La idea central desarrollada en un esquema formativo

La idea central precedentemente explicada se desarrolla en un esquema formativo de tres meses. El primer mes acentúa la dimensión espiritual y la temática es en torno a la voluntad o proyecto del Padre. La hilación de los temas es más o menos la siguiente: El proyecto del Padre buscado en la experiencia de oración (retiro espiritual de la primera semana); estudiado en la Sagrada Escritura (curso sobre Dios Padre en la Biblia: “Vivir de cara al Padre” – segunda semana -); buscado en la Eucaristía (“La presidencia de la Eucaristía – 3ra semana-; buscado dinámicamente (discernimiento espiritual – 4ta. Semana)

El segundo mes se puede titular: “Hombre, cristiano y sacerdote”, y acentúa la dimensión humana. La temática se desarrolla de la siguiente manera: Vida afectiva y resonancias en la relación con Dios, los demás y las cosas (primera semana); Identidad sacerdotal, identificación e inconsistencias (segunda semana); Vida teológica que madura (tercera semana); Espiritualidad sacerdotal que unifica la vida (cuarta semana).

El tercer mes tiene como tema la vida ministerial y la continuidad de la formación permanente. Acentúa la dimensión pastoral del sacerdote. La temática se desarrolló de la siguiente manera: El párroco, gestión y pastoreo (primera semana); Presbiterio e Iglesia Particular (segunda semana); Orar lo vivido y continuidad de la formación permanente en la vida personal y diocesana (tercera semana).

La propuesta de cada día

El curso propuso: Rezar laudes compartidas a las 8 hs; desayuno a las 8,30 hs; de 9 a 12 horas, clases con intervalos. El almuerzo a las 12,30 hs; descanso y recreación hasta las 15,30 hs. De 16 a 18 hs. clases con intervalo. De 18,30 a 20 hs. silencio para la oración personal y la lectura. La Eucaristía a las 20 hs; la cena a las 21,00 hs y luego recreación y descanso.

Los sábados se proponía un gesto pastoral como un encuentro con Cristo en el pobre. Por eso visitamos la cárcel de San Martín, que tiene unos 1600 internos; el Hogar de niños del padre Aguilera y la parroquia Nuestra Señora de la Visitación, que tiene unos 70.000 habitantes y la mayor parte es de “villas”, es decir, muy pobre. Luego cada sacerdote decidía donde seguir haciendo el gesto pastoral, o simplemente podía optar por quedarse a descansar.

⁸ FEDERICO RUIZ SALVADOR O.C.D, *Caminos del Espíritu -Compendio de teología espiritual-*. Ed. de Espiritualidad. Madrid 1998. 5º edición. pag. 400.

El domingo era libre, con paseos organizados en algunas oportunidades. Visitamos el centro histórico de Córdoba y las Estancias Jesuíticas, con la explicación de un conocedor de historia y arte sacro. Finalmente nos fuimos todos a Cura Brochero a celebrar la Eucaristía y profundizar un poco en la vida de este “siervo de Dios”.

El objetivo: un hábito que conduzca a la madurez cristiana y sacerdotal

La finalidad última del curso es despertar o profundizar en los participantes un hábito de formación *integral* permanente – tanto en la vida personal del sacerdote como en caminos comunes del presbiterio -, es decir, de oración profunda, de introspección psicológica, de trabajo pastoral realizado según el Espíritu de Cristo, y de estudio. A este hábito de formación permanente, Amadeo Cencini lo llama “docibílitás”:

*“Esta disponibilidad (formativa) se llamaba antes ‘docilitas’, término que tiene un talante indudablemente positivo, pues indica una actitud fundamental de confianza hacia el otro, pero corre el riesgo de canonizar una cierta remisividad y pasividad. Prefiero utilizar el término ‘docibílitás’, que parece expresar mejor la idea de un proceso educativo en el que el sujeto desempeña un papel activo que lo pone en condiciones de ‘aprender aprendiendo’, es decir, de vivir en permanente estado de formación”*⁹

Es a través de la ‘docibílitás’ que se llega a ser una persona sabia o de ‘experiencia espiritual’. En este sentido dice Federico Ruiz Salvador:

“...la ‘experiencia’, en singular, es el resultado, la decantación de numerosas experiencias aisladas día tras día, unas relevantes, otras imperceptibles. Esta experiencia se pega a la persona y se funde con ella, enriquece toda la vida y la actividad psíquicas: la intuición, la reflexión, el amor, la prudencia. Las experiencias originales que la integran han perdido su perfil individual, para dar paso a una madurez cristiana envolvente.”

“Este concepto de experiencia es el que más nos sirve para cumplir la tarea encomendada a la experiencia espiritual en la presente situación.”

*“Hay personas que hacen innumerables experiencias, pero no las conectan y cada una se pierde en su individualidad. Después de años de contacto con las mismas cosas o realidades sobrenaturales, no tienen una ‘experiencia’ espiritual que caracterice a la persona.” “Otros, por el contrario, van acumulando sin darse cuenta, las experiencias aisladas, que un día cristalizan en experiencia. Esta tiene menos vistosidad que las experiencias, pero mucho mayor hondura. Y también mucho mayor fuerza de ejemplo e irradiación”*¹⁰

De acuerdo a este enfoque precedente, el hombre sabio es un hombre de experiencia espiritual, es decir, aquel que “no se acostumbra a la vida” o pierde el sentido de los hechos, sino que permanentemente, con una mirada teológica, capta el paso de Dios en la vida cotidiana y se deja formar por El, sea en la oración, el estudio, la introspección psicológica o el trabajo pastoral, y es capaz de descubrir una ‘historia personal y popular de salvación’, uniendo los hechos vitales a través de los cuales Dios se ha manifestado, purificando, iluminando, uniendo a El, en fin, salvando.

⁹ AMADEO CENCINI, *Los sentimientos de Hijo*. Ed. Sígueme. Salamanca. 2000.

¹⁰ FEDERICO RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu –compendio de teología espiritual-*. Ed. De Espiritualidad. Madrid. 2000. pags. 511-512.

Dios interviene y es percibido cotidianamente. En este sentido la formación permanente se da en la vida de cada día. Ese es el sentido último de todo ‘evento’ de formación permanente – también de este curso -, aprender a captar el paso del Padre en los acontecimientos ordinarios y dejar que El forme en nosotros los sentimientos del Hijo.

Una experiencia de amistad sacerdotal

Si bien no está propuesta explícitamente como objetivo del curso, la amistad entre los sacerdotes que participan es el ‘fruto’ esperado, realidad que escapa a la organización y nace de la sintonía en Cristo que surge entre quienes comparten un camino de este tipo durante tres meses.

Esto es en síntesis, lo que ofreció el curso: una experiencia de formación integral con el objetivo de profundizar el hábito de formación permanente en la vida cotidiana, que nos lleve a ser hombres íntegros, sacerdotes sabios, hombres fraternos y de experiencia espiritual, que han aprendido a descubrir la presencia de Dios en el ministerio cotidiano, a través del cual el Padre forma en nosotros los sentimientos de su Hijo Jesucristo.

La atención de la salud física

En el curso que realizamos en el año 2002, percibimos que varios sacerdotes llegaban con problemas de salud o descuido de la misma. Por eso en este curso la CEMIN incorporó un nuevo servicio; un chequeo médico para el sacerdote que lo quisiera aprovechar. Los análisis de sangre básicos, radiografías, electrocardiograma, etc.

Fue un servicio que todos los sacerdotes participantes aprovecharon, incluso a algunos les sirvió para profundizar los estudios médicos, en orden a cuidar mejor el don de la salud.

3. Cómo lo vivieron los sacerdotes participantes

Como es entendible, los sacerdotes llegaron con grandes expectativas y cierto temor también. La psicóloga social que nos ayudó a conocernos e integrarnos, nos hizo trabajar tres aspectos del momento que vivíamos: qué habíamos dejado para participar, qué temores teníamos y qué esperábamos del curso.

Todos habíamos dejado nuestra comunidad parroquial, nuestra diócesis, digamos que nuestra familia habitual, con las ansias de encontrarnos con Jesús Buen Pastor, de renovarnos, convertirnos, descansar, fortalecer la alegría, vivir una experiencia fraterna.

Los temores de la mayoría de los sacerdotes era la duda de poder perseverar en una experiencia prolongada, con el vacío que provoca dejar la comunidad parroquial y el miedo a volver a un ritmo “de seminario” cuando uno ya no está adaptado a ello.

Estos temores se fueron disipando al saber que la experiencia tenía poco que ver con el seminario porque cada uno era responsable de la participación activa en la propuesta conocida previamente. Que los que acompañábamos no hacíamos informes ni nada que se le parezca. Que cada uno era libre de asumir con responsabilidad y con fe lo que podía ser un particular e intenso encuentro con Dios y los hermanos.

El clima fraterno fue bueno desde el comienzo, lo cual fue llenando el vacío que podía haber por la ausencia de nuestras comunidades. Percibí desde “el vamos” una gran sed de Dios, de renovación, de escuchar, de rezar, de compartir, de descansar.

En la medida en que pasaban los días y los meses, fui sintiendo admiración de cómo los sacerdotes participaban de todo. Las laudes comunitarias estaban bien preparadas con comentarios a los salmos, con cantos a cargo de cada uno de los grupos responsables. Todo el mundo participaba de las clases con atención y mucha receptividad.

Hay un aspecto que para mi es particularmente importante y mide la profundidad de un grupo; la experiencia del silencio que teníamos desde las 18,30 hs a las 20,00 hs, dedicado a la reflexión personal, a la oración. Creo con Charles Bernard - sacerdote citado precedentemente, el cual ha sido por muchos años, director del instituto de teología espiritual de la Pontificia Universidad Gregoriana -, que la oración personal, la capacidad de silencio es la clave, el punto central de la formación permanente y que es más importante que el estudio, porque *“mientras el estudio puede permanecer al nivel de una consideración más o menos exterior del misterio de fe, la oración comporta un movimiento de adhesión a la realidad cristiana: tomamos siempre mayor conciencia de nuestra condición de hijos de Dios y aplicamos no sólo la inteligencia, sino también el corazón y la voluntad”*¹¹.

En otras palabras, la oración profunda, silenciosa, es importante, porque la mirada teológico-contemplativa que hace posible ver el paso de Dios en los acontecimientos cotidianos y dejarse formar por El, es una gracia que se recibe principalmente en la oración profunda. Por eso Amedeo Cencini dice que sin este “tiempo concentrado” es imposible la formación permanente, porque ese tiempo es fuente y origen de todo el proceso.¹²

Fue para dar gracias a Dios constatar como el grupo de sacerdotes participantes del curso, en su inmensa mayoría, aprovechó mucho estos momentos de silencio. Incluso me llamó la atención como en algunos fines de semana libres, algunos sacerdotes se quedaban a rezar, a leer, a reflexionar. Siento que en el aprovechamiento de estos momentos de silencio han sido un signo claro del paso de Dios por el curso.

Otro aspecto muy importante ha sido la Celebración Eucarística cotidiana por el modo “celebrativo” y profundo en que se vivió. Varios sacerdotes cumplieron aniversario de ordenación o cumpleaños durante el curso, en esa ocasión presidieron la Eucaristía y predicaron. Fue muy edificante ver como cada uno contando su historia, veía el paso de Dios por su vida. Fueron testimonios profundos y conmovedores. También celebramos a los mártires, recordando los testimonios de entrega que conocíamos en cada una de nuestras diócesis, éste también fue un momento particularmente fuerte.

Esta celebración Eucarística, los días jueves era precedida por una hora de adoración. Una propuesta tímida al inicio, que se fue afianzando porque los mismos sacerdotes participantes, en su mayoría, fueron valorando ese momento y participando de él.

Creo que este encuentro con Dios, la vida celebrada y compartida, fue fortaleciendo la convivencia más aún. Creció la distensión, la confianza y el respeto, el ubicar e integrar. Todo lo

¹¹ Cfr. CHARLES BERNARD, o.c.

¹² cfr. AMEDEO CENCINI, *La formación permanente*. Ed. San Pablo. Madrid. 2º edición, pags. 68-74

fue haciendo el grupo. Los responsables prácticamente no tuvimos trabajo. Una gracia de Dios, que regaló lo que nuestras pobres fuerzas humanas no pueden lograr.

Algo significativo y novedoso de este curso, fue que en la penúltima semana, con motivo del tema “Pastoral e Iglesia diocesana”, participaron cuatro Obispos; Mons. Jorge Casaretto (Obispo de San Isidro), Mons. Gustavo Help (Obispo de Venado Tuerto); Mons. José Conejero Gallego (Obispo de Formosa), y Mons. Fernando Maletti (Obispo de San Carlos de Bariloche). Precedentemente habían estado presentes, Mons. Emilio Bianchi di Cárcano (Obispo de Azul y Presidente de la CEMIN), iniciando el curso; y Monseñor Angel Rovai, con el tema “El sacerdote y la cultura.

Esta presencia se propuso no solo con el motivo de desarrollar un tema, sino de favorecer el diálogo entre presbíteros y obispos, sobre diversos temas que hacen no sólo a la misión sacerdotal, sino y sobre todo a la vida del sacerdote. Fue una gracia especial muy bien aprovechada por todos.

La visita a “Cura Brochero”, la misa concelebrada, la entrega de la estola de recuerdo y la evaluación del curso nos indicaron el último fin de semana de una etapa que comenzaba a terminar.

El lunes 26 de julio vimos durante todo el día “la continuidad de la formación permanente en la vida cotidiana”, el ritmo diario, semanal, mensual y anual. El tema fue presentado por Monseñor Carlos Franzini, en base al libro citado precedentemente, “Formación Permanente”, de Amedeo Cencini.

Los últimos tres días fueron de retiro con el Pbro. Raúl Troncoso, para dar gracias por lo vivido y volver a nuestras comunidades habiendo renovado el carisma que Dios puso en nosotros por la imposición de las manos, con ganas de dejarnos formar por Dios en la vida cotidiana y ser mejores instrumentos de Jesús Buen Pastor, para bien de nuestro pueblo.

Reavivar el carisma

Pbro. Marcelo Varano
Diócesis de San Isidro

Cuando llegué al este segundo encuentro de sacerdotes organizado por la CEMIN tenía en mente que lo primordial de estos días y de la formación permanente sería lo intelectual. En este sentido las horas de clases, los profesores, el estudio aparecían como las fuentes desde donde yo iría renovando mi sacerdocio. Con el correr de los primeros días comencé a advertir que esto no sería así. Al abrir el curso, Mons. Bianchi Obispo de Azul, nos decía que "el otro es un don para mí"; y esta frase fue haciéndose vida. Los otros comenzaron a ser portadores de riquezas que estaban destinadas a renovar y actualizar mi sacerdocio. Eran los otros los que, en primer lugar, fueron entregándome una cantidad enorme de riquezas que surgían de sus luchas, alegrías, fracasos, modos tan distintos de vivir el mismo sacerdocio. Todo esto fue necesario vivirlo y beberlo desde la fe; era Dios mismo que quería seguir formándome a través de mis hermanos. Y esto como una realidad, no solo como un enunciado. Una vez más el misterio de la encarnación pedía mi adhesión creyente. Allí estaba el Maestro enseñando, como en Cafarnaúm, pero con tonadas tan distintas provenientes de diversas regiones de nuestro país. Todo esto además fue dejando de lado ese carácter tan crítico que a veces se instala en el corazón y desde el cual miro a mis hermanos sacerdotes.

Promediando el encuentro recibimos una breve y sustancial visita de Amadeo Cencini. Nos hablaba de la formación permanente ordinaria: Dios nos va modelando en cada encuentro cotidiano y simple con los hermanos, con los pobres y los enfermos, con los niños y los ancianos. Allí el Espíritu del Resucitado nos sigue hablando e instruyendo. De esta manera le estaba poniendo nombre a lo que yo venía viviendo en relación con mis compañeros curas.

Todo lo anterior no minimiza sino que reubica lo intelectual. Fueron muy valiosos los aportes de cada uno de los sacerdotes y profesores que compartieron con nosotros su sabiduría. Y digo sabiduría porque de esto se trataba; no tanto de contenidos dogmáticos separados de la vida y de la espiritualidad, sino de una síntesis sapiencial que tiñe todos los ámbitos de la vida.

La oración común frente al Santísimo, el rezo de las laudes y la eucaristía fueron los lugares en donde fuimos celebrando toda esta vida de gracia que corría entre nosotros. Estos ámbitos, además, se convirtieron en lugares de una creatividad fuerte puesta al servicio de la expresión de la fe; lo que también fue motivo de revitalización personal.

Con estas simples líneas comparto con Uds. mi gratitud hacia Dios y hacia los que fueron parte de estos días de gracia en Villa Allende. Gracias a todos por reavivar en mí el carisma que he recibido de Dios en mi ordenación sacerdotal.

Bienaventuranzas

Pbro. Fabián Gilli
Diócesis de Villa María

*“Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios
que has recibido por la imposición de mis manos...
El nos salvó y nos eligió con su santo llamado,
no por nuestras obras, sino por su propia iniciativa y por la gracia...
Sé en quien he puesto mi confianza,...”*
2Timoteo 1, 1-12

Feliz el cura que es verdaderamente pobre:
Que usa de las cosas (del auto, de los medios técnicos, de los libros, del dinero, de la casa parroquial, de los viajes,...) sin depender de ellas.
Que le importa más ser cura que tener cosas de cura.
Que busca el parecer de Dios por encima del suyo.
Que su bienestar es el de su hermano.
Que valora lo que Dios le da, viviéndolo para los demás.
Que se goza de las virtudes de sus hermanos sacerdotes y laicos, procurando que sean mayores aun.
Que no se deja tentar por aparecer en los M. C. S. o que su nombre sea escrito por todos lados.
Que no busca ser reconocido por todos en la calle o que lo hagan sentar en los primeros bancos en los actos públicos y en las ceremonias de la Iglesia.
Que no espera el reconocimiento de cargos y oficios, sino que vive intensamente lo que Cristo hoy le confía.
Solo entonces vive y predica el Reino de los Cielos.

Feliz el cura que se aflige:
Por los pecados que comete.
Por no vivir en el amor.
Por el dolor de sus hermanos.
Por no poderlos ayudar mejor.
Por los corazones cerrados.
Por los que se dejaron vencer y no luchan más.
Por el que sufre las injusticias del pecado que otros cometen.
Por la obstinación del mal en el mundo.
Por sus hermanos curas que se olvidan de Dios.
Por la Palabra que no puede anunciar.
Por el testimonio de Jesús que no da.
Feliz de él, porque el mismo Cristo lo consolará.

Feliz el cura que es paciente:

Que sabe esperar los tiempos que Dios dispone para cada cosa.
Que no se impacienta con su hermano que no termina de descubrir el amor de Dios.
Que no desespera ante el pecado que no termina de sacar de su corazón.
Que no arrebatara el crecimiento de su comunidad, sino que la guía prudentemente.
Que sabe esperar los momentos oportunos para anunciar la verdad del Evangelio.
La tierra será siempre su heredad.

Feliz el cura que tiene hambre y sed de justicia:
En las actitudes y resoluciones con los demás.
En las palabras y acciones que realiza.
En lo que se exige interiormente.
En el reconocer los méritos y virtudes de sus hermanos.
En el anunciarla y denunciarla en la sociedad y vivirla dentro de su comunidad.
Feliz su corazón, porque Dios lo saciará.

Feliz el cura que es misericordioso:
Con el pecado de sus hermanos curas o laicos.
Con la ignorancia o debilidad de su prójimo.
Con los tiempos de crecimiento que todos tienen.
Con los de corazón endurecido.
Con los hostiles al Evangelio.
Con los equivocados o confundidos.
Con los que sufren en cuerpo y alma.
Con los que todos excluyen y nadie quiere.
Con los que lo agraden y calumnian.
Bienaventurado por vivir lo que Dios desde siempre tiene para con él,
Bienaventurado porque obtendrá la misericordia que tenga para con los demás.

Feliz el cura cuyo corazón sea puro:
En sus afectos.
En la entrega completa de su sexualidad, sin guardarse nada para sí, por pequeño que sea.
En el trato con la mujer.
En las actitudes más íntimas, como en las expresiones más públicas de su palabra.
En la rectitud de sus intenciones.
En la dedicación a las obras emprendidas, como en los cargos a él confiados.
En la búsqueda de sus amistades.
El sí que verá a Dios.

Feliz el cura que trabaja por la paz:
En lo profundo de su corazón.
En el corazón de sus hermanos.
En el seno de su comunidad.
En la comunión de su presbiterio.
En el pueblo donde vive.
En el anuncio vivo y caritativo del amor de Jesús.
Con el testimonio de su sola presencia.
Al verlo, los demás dirán que es hijo de Dios.

Feliz de mi, cura, si soy perseguido por practicar la justicia:
Dame Señor en ese momento la fuerza de tu presencia
Cuando el mundo quiera negar tu justicia.
Cuando los hijos de la Iglesia no acierten vivirla y quieran callarme.
Cuando mi propio corazón obstinado en el pecado se niegue al cambio necesario.
Se que en ello pertenezco a tu Reino.

Feliz de mi, cura, cuando me insulten y calumnien en toda forma:
Dame Señor, humildad y fortaleza para poder sobrellevarlo
Que sea valiente cuando el mundo quiera desacreditarme para acallar tu voz.
Que sea caritativo cuando venga de miembros de mi comunidad que aun no te descubren.
Que sea humilde cuando venga de mi hermano cura u obispo que le molesta mi referencia de
entrega a ti, Jesús.

Que dicha la mía cuando viva todas y cada una de estas realidades.
Feliz de ser testigo del amor de Dios aquí en la tierra.
Feliz de ser profeta de su presencia en mis hermanos.
Feliz por ser hombre, tomado de entre los hombres
y puesto para interceder a favor de los hombres
en todo lo que se refiere a Dios.

¡Bienaventurado hoy y por siempre si te soy fiel aquí, Señor!
Que podamos reavivar el don de Dios recibido en nuestra ordenación Sacerdotal.

¿Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo?

María Fátima González
Hermana de Ntra. Sra. de la Consolación

Como un gesto de lealtad a Dios mismo es que quiero hacerme presente con estas líneas y dar gracias a El y en El a todas las personas que han hecho posible que la vida llame a la vida en este segundo curso de formación de presbíteros.

Todo este tiempo que duró el curso Dios no ha dejado de manifestarse, se hizo Hermano, Padre y Amigo. Nuestra casa ha sido en estos meses "la carpa del encuentro". Y podemos descubrir con alegría que todos lograron encontrarse con "la auténtica consolación del hombre", a través del curso en sí, de la fraternidad, de la naturaleza, del silencio, del servicio escondido.

Ha sido, una experiencia muy linda que me habla de una Iglesia llena de esperanza que quiere renovarse desde dentro con la fuerza del Espíritu. Una iglesia que como Madre cuida y forma a sus hijos para que sean los pastores audaces y valientes que se atrevan a salir en busca de la oveja perdida y cargarla sobre sus hombros. Pastores que saben de su barro pero que se confían en las manos del Gran Alfarero que es capaz cada día de hacernos de nuevo.

Nosotras como comunidad nos hemos gozado del ritmo del curso cada día; cada Eucaristía era para nosotras "un pequeño retiro espiritual" en donde descubríamos con más fuerzas la fidelidad in medida de Dios que como Padre cariñoso nos sentaba en sus rodillas y nos mostraba un nuevo camino, el del servicio, el de la entrega sin reservas, el de la respuesta fiel.

Hoy comprendo un poquito más nuestra misión de ser colaboradoras, instrumentos, causes de la Consolación de Dios. Muchas veces mi limitación, mi pobreza y la de mi hermana, nos incapacitan, pero es ahí donde se muestra perfecta la gracia de Cristo que nos ama y nos llama a una misión concreta con lo que somos y tenemos. Y es ahí donde resplandece una sonrisa, un gesto, el deseo de dar y darse. Todo es gracia; sin ÉL, sin su fuerza, sin su poder, todo sería nada.

Gracias a cada uno de los sacerdotes que han participado, gracias por darnos ejemplo de hombres de Dios deseosos de buscarlo en todo y de entregarlo en gestos sencillos y concretos. Gracias también por permitimos encausar nuestra maternidad, nuestro ser hermanas, y expresar o desempeñar nuestra misión evangelizadora dentro de la iglesia.

Que el Señor nos bendiga e impulse en nosotros una vida nueva que encarne, proclame y testimonie que Jesús sigue vivo y que su iglesia es iglesia de esperanza, comunión y fraternidad.

APORTES PARA UN PROCESO FORMATIVO QUE DESARROLLE LA ESPIRITUALIDAD PASTORAL.¹³

Víctor Manuel Fernández
Diócesis de Río Cuarto

Si se piensa que el objetivo fundamental de los *seminarios* es formar pastores, entonces parece indispensable establecer una íntima relación entre la formación espiritual y la formación pastoral. Lo mismo vale para la *formación permanente*, cuyas ofertas espirituales no siempre se orientan a alimentar un ministerio bien vivido.

No se trata sólo de desarrollar con intensidad tanto la dimensión espiritual como la dimensión pastoral, sino de promoverlas en estrechísima conexión. La dificultad reside en encontrar caminos prácticos y efectivos para lograrlo.¹⁴

Competencia pastoral y profundidad en la acción

El riesgo de no establecer estas convenientes relaciones está en que no se favorezca la unidad de vida de la persona. La espiritualidad irá por una parte y la actividad pastoral por otra. En tal caso, la preparación pastoral podrá ser muy técnica, lo cual es valioso, pero carecerá de profundidad espiritual, con todas las consecuencias negativas que esto implica.

Es cierto que la competencia pastoral es necesaria para que la persona pueda vivir su ministerio con seguridad y satisfacción. Esa adecuada competencia es indispensable, y es también una respuesta al llamado de Dios. Muchos sufrimientos, temores y complejos provienen de sentirse insatisfecho con el propio ministerio: por no poder orientar a las personas que buscan ayuda, por sentir que uno no puede llegar a la gente en la predicación, etc. Esta angustia fácilmente termina provocando crisis. De hecho, una formación deficitaria en este orden tiene parte de responsabilidad en algunas deserciones tempranas.

Pero la satisfacción y la tranquilidad de quien es capaz de hacer algo bien, sólo se mantiene en un nivel superficial y efímero si le falta dinamismo espiritual. Porque no basta para alimentar la dimensión más profunda de la persona, que queda muy endeble ante los embates de las diversas etapas de la vida, con sus crisis y desafíos. Tarde o temprano esa actividad dejará de satisfacer a la persona porque se hará rutinaria y no terminará de colmar el vacío interior. Esta satisfacción se buscará, entonces, en unos brazos cálidos, en las ilusiones de Internet, en la supuesta libertad de un nómada sin raíces, etc.

Por otra parte, una espiritualidad sin conexión con la actividad pastoral queda encerrada en una dimensión secreta e íntima de la persona, sin tocar su mundo de relaciones, el dinamismo externo, las tareas que le reclaman y apremian cada día. De este modo, también esa espiritualidad se verá expuesta a desaparecer, porque las personas se dejan absorber más inmediatamente o bien por las exigencias y ocupaciones externas o bien por los estímulos que invitan al consumo, al placer y el entretenimiento.

¹³ Artículo publicado en *Seminarios* 171 (2004) 29-42. Cedido gentilmente a *Pastores* por el director de dicha revista.

¹⁴ Sintetizo aquí algunos de los aportes que desarrollaré más ampliamente en un libro de próxima aparición: *teología espiritual encarnada. Profundidad espiritual en acción*, en editorial San Pablo (Buenos Aires).

No hay más salida, entonces, que conectar muy bien la espiritualidad y la actividad pastoral, de tal manera que la actividad pastoral sea profundamente espiritual y la espiritualidad sea esencialmente pastoral. Ambas se alimentan y se sostienen mutuamente.

Pero es un arte que no se improvisa, que no brota mágicamente cuando llega la ordenación. Los años del seminario son el tiempo adecuado para iniciar este entrenamiento, y la formación permanente debería ocuparse de este aprendizaje de un modo privilegiado.

Sugerencias para desarrollar la profundidad espiritual en la misma actividad

A continuación ofrezco algunos aportes en orden a encauzar adecuadamente este aprendizaje:

1. El hábito de reconocer los llamados de la vida

Es necesario ayudar al seminarista –o al sacerdote joven– a crear el hábito de ser contemplativo en la acción. Para ello, es importante estimularlo permanentemente a narrar lo que ha encontrado de bueno en la gente y en los servicios pastorales. No es saludable reducir las narraciones sobre la tarea pastoral a las anécdotas llamativas, los logros personales y las actividades realizadas. Hay que procurar que se comenten también las interpelaciones recibidas en la actividad, los llamados de Dios que se perciben en la acción misma.

Esto puede hacerse tanto en la dirección espiritual como en las reuniones comunitarias o talleres, en la revisión del proyecto personal, etc.

Esta costumbre de interpelar al formando para que reconozca el mensaje de las personas y del mundo, puede ayudar a que desarrolle poco a poco una disponibilidad y atención amable vivida en las actividades y en el encuentro con la gente. Se trata de un ejercicio de la dimensión *receptiva* de la vida teologal, que es una de las dos columnas de una buena experiencia pastoral.

Esto implica una liberación del egocentrismo (“Hice tal cosa”, “me felicitaron por esto”, “una persona me agradeció mucho”, “pasé un fin de semana muy interesante”, “yo tuve una actividad muy intensa”). Pero también requiere el desarrollo de una capacidad de dejarse enseñar por la vida de los demás y sus inquietudes (cuando se trata de valores que podemos reconocer en los demás), y el hábito de recoger los desafíos externos escuchando cómo Dios habla a través de las personas y acontecimientos (también cuando la actividad o las relaciones humanas son conflictivas o insatisfactorias).

Porque *en la misma actividad* el pastor intenta vivir un constante, sereno y sincero discernimiento de sus actitudes, motivaciones y sentimientos. Porque Dios habla y ofrece su amor también en medio de la tarea a la cual él mismo nos envía. Hay “una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada. En ella y por medio de ella Dios habla al creyente” (PDV 10). Hay cosas que él dice “en una determinada circunstancia” (EN 43), y que requieren una “sensibilidad espiritual” (ibid) vivida en la misma actividad mundana. El Espíritu otorga permanentemente luces e impulsos que hay que acoger con docilidad en medio del trajín y el vértigo de la acción; la presencia de Cristo resucitado es tan real en medio de la misión que cumplimos como en los momentos de silencio y quietud.

Por otra parte, si Dios nos hace llegar sus mociones, llamados, impulsos y signos de amor en medio de la existencia mundana, nuestra respuesta debería darse también en medio de esa misma existencia mundana, en la actividad y en el encuentro con los demás.

2. El hábito de una oración pastoral

Los estilos y modos de oración que suelen fomentarse en los seminarios serían muy útiles si, terminada la formación, el seminarista se fuera a vivir a un monasterio o a una comunidad contemplativa; pero no suelen ser tan adecuados para la vida en el mundo, con una actividad pastoral intensa.

Evidentemente, esta es la razón principal por la cual los buenos hábitos de oración adquiridos en el seminario suelen perderse al poco tiempo del egreso. Son hábitos muy buenos, pero no adecuados para la misión apostólica que Dios confía.

Por lo tanto, una de las claves para la armonía entre espiritualidad y pastoral está en ayudar a crear un estilo y unos modos de oración que puedan mantenerse con gusto y facilidad en la vida parroquial futura. Tendrá que ser necesariamente una oración en íntima conexión con la actividad pastoral, con sus exigencias, desafíos, gozos y preocupaciones. Esto implicará, ciertamente, llevar a la oración la actividad vivida. Veamos algunos ejemplos de este estilo de oración pastoral:

- a) Su forma más propia es la intercesión sincera, la necesidad de entregar en la presencia de Dios a las personas que uno atiende, con sus dificultades y progresos.
- b) Otra forma es el hábito de descargarse en la presencia de Dios, conversando con él las resonancias que han producido en el corazón las dificultades, fracasos y exigencias de la tarea.
- c) Otra manera es buscar, en la presencia de Dios y en su Palabra, las motivaciones que puedan brindarle más sentido, luz y entusiasmo a las actividades concretas.
- d) También debe ejercitarse en positivo, gozándose en la presencia de Dios al recordar y ofrecer los momentos agradables, agradeciendo las cosas buenas y felices de los demás, contemplando con agrado la presencia y la acción del Espíritu en nuestra tarea, en el Pueblo de Dios, en la vida del mundo, en la cultura, etc.

3. El hábito de elaborar profundas convicciones que favorezcan la acción

La dirección espiritual, y también la formación académica y otras instancias formativas, deberían ofrecer toda una riqueza de motivaciones teológicas que le den sentido y gusto a la acción evangelizadora y a las diversas tareas. Por ejemplo, la teología de los Sacramentos tendría que brindar las razones que hagan profundamente deseable dedicarse a administrar esos sacramentos. La teología de la Creación debería invitar a gozarse en el encuentro con el mundo, reconociendo la variedad de las creaturas y de la vida del mundo como un reflejo de la inagotable riqueza de Dios. Esto, bien planteado, motiva a meterse en el mundo con la actividad evangelizadora, a dialogar con la cultura, a encontrarse con el otro, en lugar de escapar buscando refugios pseudo espirituales. Igualmente, la teología moral ofrece argumentos sólidos para mostrar el primado que tiene la caridad con el prójimo –y consiguientemente el ejercicio de la caridad pastoral en el apostolado– por encima del desarrollo de cualquier otra virtud.

Podríamos encontrar innumerables ejemplos más en las distintas disciplinas teológicas.

La frecuente dicotomía entre la teología y la actividad pastoral, en lugar de favorecer a la actividad pastoral, la empobrece tremendamente. Pero también tiene su culpa la misma enseñanza teológica, cuando no es planteada de un modo completo, cuando no procura mostrar las resonancias y consecuencias espirituales y pastorales de los contenidos.

4. Sanar la actividad

En esta línea, la teología moral, la espiritualidad y la psicología tienen mucho para ofrecer de motivaciones y recursos que ayuden a superar las inclinaciones que enferman a la actividad. Es

necesario ayudar al seminarista a controlar sus ansiedades, sus obsesiones, su impaciencia; a reconocer y superar los mecanismos del idealismo, la comodidad, los controles excesivos, etc. Se trata de puntos débiles directamente relacionados con la actividad, que tarde o temprano la vuelven enfermiza, complicada, insatisfactoria. El desarrollo de estas patologías de la actividad tiene que ver con inclinaciones psicológicas, pero también con concepciones erradas sobre la evangelización, el ministerio o la vida cristiana, y con escasas o parciales motivaciones espirituales.

En el diálogo con el seminarista sobre su modo de vivir la actividad, es clave reconocer cuáles son las patologías de la actividad que comienzan a presentarse en su tarea pastoral, para revisar con él las motivaciones reales y profundas de su actividad y así poder modificarlas a tiempo. La transformación de esas motivaciones y el adecuado dominio de estas perturbaciones de la actividad, deberá constatarse luego en la actividad misma.

Posiblemente, en algunos casos, se requiera la ayuda de una buena terapia. La dificultad que yo advierto en ello, es que frecuentemente los formadores procuran orientar la terapia sólo a la resolución de dificultades comunitarias del seminario o de perturbaciones sexuales, y pocas veces a sanar un modo enfermizo de vivir la actividad pastoral.

4. Percepción del peso institucional de los valores espirituales apostólicos

En esta línea, es importante que el seminarista advierta que un sano entusiasmo pastoral (expresión de la caridad pastoral) es un valor espiritual necesario para un candidato al sacerdocio. Para ello, es necesario que él advierta claramente que es uno de los más importantes criterios de discernimiento que los formadores tienen en cuenta y procuran confirmar, junto con los otros elementos de juicio que suelen predominar: la madurez humana, la aptitud para el celibato, la obediencia, la disciplina o la contracción al estudio. Parece mentira, pero cuando se pregunta a los seminaristas cuáles son los elementos a tener en cuenta para discernir sobre el propio crecimiento, raras veces mencionan el entusiasmo apostólico, aun cuando esperan con ansias el fin de semana para ir a las parroquias. ¿Será éste un indicio de que la formación espiritual se ha vuelto una vez más demasiado volcada a lo íntimo, subjetivo e individual, quizás debido al auge posmoderno de terapias y métodos de curación interior?

Será necesario, entonces, confirmar que en el discurso habitual y espontáneo, los formadores no dejen de destacar que la consagración sacerdotal sólo tiene sentido en orden a la misión, y que, por lo tanto, el fervor apostólico con sus variadas expresiones es un criterio clave de discernimiento.

5. Dos actitudes espirituales-pastorales complementarias

Para sostener una actividad pastoral sana y vivida con hondura espiritual, es necesario inculcar y alimentar desde el seminario –y también en la formación permanente– dos convicciones profundas que se complementan entre sí. En primer lugar, para poder sobrellevar los fracasos y desilusiones, es indispensable un marcado “sentido del misterio”. Pero al mismo tiempo, para evitar escepticismos y una creciente desgana, hay que invitar a una permanente respuesta al amor de Dios en la cual se incorpore toda la creatividad apostólica de la persona. Veamos:

a) Sentido de misterio

En la actividad pastoral no faltan los fracasos, que pueden llevar a la persona a bajar los brazos, o a debilitar su impulso apostólico a causa del orgullo herido. Es verdad que muchas veces los seminaristas y los sacerdotes más jóvenes desean éxitos pastorales a causa de un narcisismo

adolescente que se prolonga. Necesitan demostrar quienes son y ser tenidos en cuenta a través de logros apostólicos destacables. Por la misma razón, suelen obsesionarse y destacar sobremanera las tareas en las cuales se sienten más capacitados.

El problema es que normalmente los éxitos no responden al ideal que la persona ha forjado, porque nadie puede dejar contentos a todos. Por lo tanto, esta carencia o debilidad de auténticas motivaciones espirituales puede terminar en un profundo descontento que finalmente lleva a reducir al mínimo las actividades pastorales.

Otras veces la persona tiene un deseo sincero y no narcisista de cambiar el mundo, de hacer el bien, de aportar algo a la vida; pero al descubrir los escasos resultados visibles que se logran a costa de mucho esfuerzo, baja los brazos. Por eso es tan importante educar en el sentido espiritual del misterio. ¿Qué significa esto?

El “sentido del misterio” es saber con certeza que, quien se ofrece a sí mismo a Dios por amor (Rm 12, 1), y de ese modo se entrega a la misión que Dios le confía, seguramente será fecundo. Más allá de lo que vean los ojos, será un sarmiento con abundantes frutos (Jn 15, 5); su vida y su actividad no serán estériles.

Jesús decía: “La gloria de mi Padre está en que deis fruto abundante” (Jn 15, 8). Por lo tanto, cuando deseamos ser fecundos estamos respondiendo a su amorosa voluntad. Pero esos frutos se producen de manera misteriosa, esa fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Por eso, el evangelizador puede entregarse intensamente a la misión con la seguridad de que su vida será fecunda, pero sin pretender saber cómo, ni dónde ni cuándo. Dios utilizará también sus aparentes fracasos para realizar misteriosamente alguna obra de su gracia en alguna parte, “por caminos que él conoce” (GS 22) y que no siempre se nos manifiestan.

No se pierde ninguno de nuestros trabajos realizados con amor, no es inútil ninguna de nuestras preocupaciones sinceras por los demás, no es en vano ningún cansancio generoso. Todo eso queda dando vueltas por el mundo como una fuerza de vida que va dando frutos. Bien lo enseñan los orientales con esta imagen: así como, al producir ondas en el mar con el movimiento de nuestras manos, ese movimiento se va propagando por todo el océano, de la misma manera ninguna obra hecha por amor y con amor dejará de modificar al universo. En el orden sobrenatural, esto es lo que llamamos “la comunión de los santos”.

Sin embargo, aunque sepamos en la fe que el dolor del fracaso es también fecundo, eso no quita el dolor. Por eso es necesario encontrar algo más que la fecundidad: una experiencia de amor.

La superación del cansancio escéptico no pasa por eliminar los momentos de aridez o de desaliento, sino por encontrarles un sentido más hondo que el dolor de un yo humillado y desilusionado. La imitación de Jesucristo, que es también una misteriosa asociación a su Misterio, a veces implica experiencias poco gratificantes, pero que no dejan de ser experiencias de amor. Porque, en la Encarnación, Dios se hace solidario con nosotros bajando hasta los fondos de la condición humana. Dios ha experimentado en su Hijo todo lo que implica ser humano: quiso conocer el cansancio, la depresión, la desilusión, la angustia, el temor, la soledad. También el evangelizador participa de estas experiencias humanas, y suele pasar por etapas de aridez, de tedio, de acedia, de cansancio, de desconsuelo, de fracaso. En esas ocasiones, también él baja hasta las profundidades oscuras de la existencia humana y allí puede llegar a experimentar una intensa unión con Jesucristo en su solidaridad con el ser humano, “hasta que duela”. De este modo, comulgando en su intimidad con lo más áspero de los sufrimientos humanos, se hace más que nunca hermano de los demás, se vuelve amante hasta el fin.

Es cierto que a veces los momentos de fracaso y debilidad se hacen muy duros para la autoestima, y siempre corremos el riesgo de caer en la depresión, el aislamiento, la dejadez. Por eso es importante aprender a dejarse amar también en el fracaso, aprender poco a poco a dejarse estar en la ternura de los brazos del Padre, dejarse tocar por la gracia permitiéndole a Dios mismo que nos consuele, de

manera que no renunciemos al ministerio de derramar consuelo en los demás. El siguiente texto expresa maravillosamente lo que acabamos de decir:

“Dios nos consuela en toda tribulación nuestra para que nosotros podamos consolar a los que están en toda tribulación mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios. Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, también por Cristo abunda nuestro consuelo. Si somos atribulados es para consuelo y salvación vuestra. Si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro” (2 Co 1, 4-6).

b) Respuesta creativa al amor de Dios

Lo que acabamos de decir no implica disminuir el empeño por ser eficientes en la tarea. La preocupación por la calidad y la perfección de la obra externa es también una expresión de la autenticidad del amor, porque indica que no se le quiere regalar a Dios y a los demás algo mediocre o de poco valor. Por el contrario, la dejadez y el desinterés por la perfección de la obra externa y su eficacia, suelen indicar la pobreza de ese amor y en definitiva una débil espiritualidad que no alcanza a tocarlo todo. El estilo de la *“nueva evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia, coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, Sacramento de Salvación Universal”*.¹⁵

La espiritualidad evangelizadora no deja afuera nada de cuanto integra la actividad evangelizadora. Todo ha de situarse bajo el impulso del Espíritu de santidad. Por tanto, también el camino responsable planificación pastoral, de preparación, de búsqueda de recursos y técnicas a la luz de la Palabra, forma parte de este proceso de santificación, y ha de vivirse como respuesta al amor de Dios y al impulso del Espíritu.

El Dios creador busca prolongarse en el pastor promoviendo todas sus capacidades, y el Espíritu Santo no quiere instrumentos pasivos. Él nos ama fecundos, desarrollando efectivamente los dones que hemos recibido de su amor desbordante.

Si bien es cierto que el amor que pongamos –los *valores* que expresemos y desarrollemos en una tarea–¹⁶ es más importante que los *resultados* de ese esfuerzo, también es cierto que los resultados son importantes y significativos. El mismo amor reclama nuestra preocupación por cierta eficiencia, porque queremos ofrecerle a Dios algo bello y bien logrado; nos interesa hacer algo verdaderamente útil y eficaz para los demás. Precisamente porque los amamos, no nos resulta indiferente la *calidad* de lo que podamos ofrecerles. Pero además, si los resultados del trabajo serán reencontrados en el cielo, y nuestro trabajo prepara “el material del reino de los cielos” (GS 38), entonces no es indiferente que el resultado del trabajo sea bueno y bello o no lo sea. Es verdad que el amor que pongamos es lo que mejor prepara la gloria celestial; pero también es cierto que cuando *ese amor* busca creativamente la perfección de la obra, y la logra, esa preparación es mayor todavía¹⁷. Porque el acto de amor se expresa y *se encarna* de tal manera en esa obra, bella y bien lograda, que es imposible separarlo de ella; aunque también es cierto que ese amor habría sido verdadero y perdurable –de otra manera– aun cuando esa obra externa no se hubiese logrado por factores ajenos a la persona.

¹⁵ CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO IV, *Nueva evangelización. Promoción humana. Cultura cristiana* [SD], Santo Domingo 1992, punto 30.

¹⁶ Verdad acentuada por los defensores de la teoría del “influjo indirecto” del trabajo en el mundo glorioso transfigurado: Cf. C. POZO, *teología del más allá*, Madrid 1968, 128.

¹⁷ Es el acento de J. L. RUÍZ DE LA PEÑA en la teoría del “influjo directo”. Cf. particularmente su obra póstuma: *La Pascua de la Creación*, Madrid 1996, 188-192.

Nuestro aprecio por el Reino de los cielos, donde viviremos juntos y felices por toda la eternidad, ofrece entonces una nueva motivación espiritual para trabajar con empeño, responsabilidad y creatividad para mejorar este mundo que amamos. Eso también es una “espiritualidad” encarnada.

Esta convicción es activa y *creativa*. Implica ofrecerse como instrumento (Rm 12, 1), con todas las propias capacidades, para que todas esas capacidades puedan ser utilizadas por Dios.

Así sucede, por ejemplo, en la predicación: “Esta predicación evangelizadora toma formas muy diversas, que el *celo* sugerirá cómo renovar constantemente” (EN 43), poniendo en práctica “las exigencias y posibilidades” de la predicación (ibid). La actitud de firme convicción espiritual ante el valor de la predicación implica también valorar “la importancia de los métodos y medios de la evangelización” (EN 40) y entregarse con amor creativo a la preparación de la predicación. Ese amor lleno de convicción y de celo, que busca recursos para llegar al otro, es parte inseparable de la “espiritualidad” del predicador.

Es imperioso entonces superar toda forma de dualismo, como si la búsqueda creativa de recursos eficaces fuera una realidad diferente o separada de la vida según el Espíritu.

La preocupación por el cómo, incluso por la técnica, debería estar incorporada en esta actitud espiritual que es *responder creativamente* al amor de Dios y amar al prójimo *con todas nuestras capacidades*.

Si retomamos ahora lo dicho atrás sobre el sentido de misterio, podremos reconocer que la entrega generosa y creativa es necesaria, como parte inseparable de todo amor auténtico. Pero el buen resultado de la obra se buscará por amor a Dios y a los demás, y no por una necesidad egocéntrica de reconocimiento inmediato:

Por eso, el pastor podrá aceptar humildemente que los resultados no sean visibles, sino misteriosos e inaferrables; pero se entregará con la certeza de que toda tarea realizada con amor y empeño creativo de alguna manera produce frutos. Cuando el ser profundo está descentrado en la acción por el amor, y así vitalmente pacificado, entonces su actividad será auténticamente espiritual y propiamente pastoral, porque “el bien es difusivo de sí”. Cuando es así, la actividad retroalimenta al ser, lo perfecciona:

“El hombre no llega a ser realmente hombre y no llega a ser plenamente él mismo sino cuando se entrega a una tarea, cuando no hace caso de sí mismo o se olvida de sí mismo al ponerse al servicio de una causa”.¹⁸

6. Establecer puentes entre la actividad y la privacidad

Teniendo en cuenta las inclinaciones alimentadas por el estilo de vida actual, creo que éste es un aporte educativo fundamental.

Siendo sinceros, hoy no podíamos decir que los curas descuidamos la actividad pastoral por dedicarnos en exceso a la oración privada o al cultivo de formas intimistas de espiritualidad. En realidad, lo que más defendemos son los espacios de *privacidad*, contrapuestos a la entrega generosa de la actividad apostólica. No terminamos de identificarnos con nuestra misión, y entonces nos sentimos verdaderamente nosotros mismos cuando podemos disponer libremente de nuestro tiempo para lo que nos plazca, pero no siempre cuando estamos ejerciendo el ministerio.¹⁹

La prioridad del ser por sobre el hacer nos invita a buscar algunas actitudes *estables*, actitudes de fondo que no se hagan presentes sólo cuando estamos haciendo algo o atendiendo a una persona, e inmediatamente desaparezcan cuando volvemos a nuestra intimidad y accedemos a un momento de

¹⁸ V. FRANKL, *Teoría y terapia de las neurosis*, Barcelona 1997, 17.

¹⁹ A continuación retomo lo que ya desarrollé en mi libro *Actividad, espiritualidad y descanso. Vida armoniosa y unidad interior*, Madrid 2001, 68-70.

libre esparcimiento, sino que se mantengan cuando cesa la actividad porque son verdaderamente personales, libres, espontáneas, porque no son pura apariencia en el cumplimiento meramente funcional de un rol. Así se evita arraigar lo que tan bien describe E. Drewermann, al decir que los sacerdotes, luego de haber compartido algunos momentos con otras personas, “*cuando vuelven a casa, a su soledad de siempre, se depositan en su sillón y lanzan un suspiro de alivio*”²⁰. Como si allí, en el sillón, recuperaran el sentido real de sus vidas, como si en ese momento volvieran a tener la libertad que perdieron para “adaptarse” esforzadamente a una tarea y a una máscara profesional.

Esta costumbre de separar tanto la actividad de la soledad y el descanso, es sumamente dañina y refleja la carencia una auténtica unidad de vida. Por eso, como decíamos, es conveniente alimentar algunas actitudes básicas *estables*, que no cesen en la soledad, sino que se expresen de alguna manera también cuando la actividad ha terminado. Habrá que insistir para que el seminarista logre efectivamente desarrollar estas actitudes adquiriendo un determinado hábito. ¿Cómo se logra?.

Por ejemplo, evitando el simple gesto externo de alivio y de aparatosa distensión cuando terminamos una actividad pastoral, como si haberla terminado fuera una feliz liberación de un peso insostenible, como si sólo allí retomáramos nuestra verdadera identidad y nuestra opción real.

Más bien conviene, al terminar una actividad, aun cuando haya sido dificultosa y algo agobiante, detenerse brevemente –basta unos pocos minutos– a darle gracias a Dios por haber podido ser útil, contemplar por un instante la belleza de esa actividad, ofrecerle a Dios las tensiones vividas en ella, hacer una pequeña oración por las personas que hemos atendido. De este modo, dándole un sentido al momento vivido y valorándolo, abrimos el corazón para estar disponibles ante otra actividad semejante que pueda requerirnos, y no estaremos a la defensiva, protegiendo de un modo enfermizo nuestro tiempo de recreación y descanso. Igualmente, nos dispondremos para vivir la actividad de una manera más natural, espontánea, libre, y no tanto como un esfuerzo que contradice nuestras inclinaciones.

Otra posible salida, cuando la actividad no ha sido bien vivida, y nos ha desgastado mucho –porque no estábamos de corazón en ella– es detenerse un instante en oración a imaginar cómo habría sido ese momento si lo hubiéramos vivido con amor, entregándonos enteros, renunciando a nuestros mecanismos de defensa, ofreciéndole al Señor la donación del propio tiempo, poniendo el corazón verdaderamente en las personas y deteniéndonos ante ellas, aflojando las resistencias, etc. Imaginándolo, podemos detenernos a pedir a Dios que transforme el corazón para poder vivir de esa manera las futuras actividades, y con esa oración ya nos disponemos a dar otro sentido a la actividad.

La soledad, cuando la actividad termina, tiene que ser apacible; debería ser un espacio en el cual, poniéndonos frente a Dios, nos reconciliamos con la actividad, con las personas, y, restaurando lo que se ha dañado, logramos despertar una sonrisa agradecida por la vida que llevamos. De otro modo, la soledad se convertirá en el espacio donde rumiamos nuestras insatisfacciones, donde descubrimos angustiados nuestro ser real egocéntrico, y buscamos alguna manera de hallar satisfacciones, sucedáneos y compensaciones para una afectividad no armonizada y para una actividad mal vivida.

Crisis y deserciones

En el trasfondo de este camino educativo que propongo, subyace la convicción de que mayoritariamente las crisis y deserciones sacerdotales no tienen su origen en un enamoramiento, sino en una actividad apostólica mal vivida. El enamoramiento, cuando existe la posibilidad de

²⁰ E. DREWERMANN, *Clérigos: psicograma de un ideal*, Madrid 1995, 242ss.

encontrar un medio de subsistencia fuera del ministerio, es un detonante que ofrece una salida a una situación desagradable y llena de tensiones.

Pero esta situación de incomodidad frente a un ministerio carente de pasión, se ha originado en una ausencia de motivaciones espirituales profundamente arraigadas que otorguen sustento a una actividad tan peculiar como el ministerio sacerdotal. El problema es que esas motivaciones, cuando no se han arraigado en la formación inicial y en los primeros años de sacerdocio, no pueden ahondarse de golpe en el corazón, y menos cuando la situación se ha vuelto insoportable.

“DÉJENSE RECONCILIAR CON DIOS”

Homilía del cardenal Jorge Mario Bergoglio S.J., arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina en el Congreso Eucarístico Nacional (2 de setiembre de 2004)

En este clima tan hermoso del Congreso Eucarístico, ya en nuestro segundo día, la parábola del Hijo Pródigo quiere hablarnos directamente al corazón.

Abramos, pues, nuestros corazones de par en par.

Que cada uno **abra su corazón**, mirando a la Virgen, sintiendo la presencia de Jesús en la Eucaristía que, silenciosamente, acompaña a la humanidad desde hace dos mil años.

Abramos el corazón de nuestra familia, cada uno de la suya, sintiendo latir el corazón de sus padres y hermanos, el de los esposos y el de los jóvenes, el de los niños y los abuelos.

Abramos el corazón como Pueblo fiel de Dios que peregrina en la Argentina bajo el manto de la Virgen, de María de Itatí...

Abramos el corazón y dejémonos reconciliar con nuestro Padre Dios.

Digamos con el hijo pródigo, que en un momento de gracia se dio cuenta de que la causa más honda de su situación de miseria estaba en haber apartado el corazón del de su Padre: *¡Me levantaré e iré a mi Padre!*

Cada uno debe decirlo en su propio corazón. Y debe decirlo también en esa dimensión donde el propio corazón se sabe corazón común, responsable del de todos, solidario con el corazón de su pueblo. Desde allí cada uno puede decir: pueblo pródigo ¡levántate y vuelve al Padre! Es tiempo de que dejes de soñar con las bellotas de los cerdos. Nadie te las da. Gracias a Dios. Mejor así. Porque es hora de que vuelvas a anhelar *el pan de los hijos*.

Estás empobrecido, parte de tu herencia la has malgastado y parte te la han robado. Es verdad. Pero te queda lo más valioso: el rescoldo de tu dignidad siempre intacta y la llamita de tu esperanza, que se enciende de nuevo cada día. Te queda esa reserva espiritual que heredaste.

Mira que tu Padre no deja de ir, cada atardecer, a esperarte en la terraza... a ver si te ve volver.

Emprende el camino de regreso, fijos tus ojos en los de tu Padre, que te amplía el horizonte para que des todo lo que puedes dar.

Al ir tras dioses falsos, fuiste convirtiendo este suelo bendito en una tierra extranjera. Y hoy pareciera que se ha achicado tu horizonte, que se te encogió la esperanza.

Pero no es así. Si levantas la mirada, si recuerdas, si pegas la vuelta y te conviertes de corazón, la misma tierra que pisas se irá transformando nuevamente en Casa del Padre.

Esa casa del Padre en la que se viven los valores de la humilde casa de José y María en Nazareth.

Casa del Padre que es hospedería donde se curan las heridas de los que cayeron en mano de los salteadores.

Casa del Padre donde se celebra el banquete de las bodas del Hijo y están invitados todos, sin exclusión de ninguno, salvo de los que no quieren participar.

Casa del Padre que, como nos asegura Jesús, tiene muchas moradas y en la que Él mismo se pone a servirnos, como hizo en la última cena.

¡Y permítete a ti mismo sentirte pueblo y familia!

Y dejemos también que el Padre nos diga, como al otro hijo que estaba contrariado: *¡Entra en la fiesta con tu hermano!* Cada corazón debe escuchar esta invitación, con la que el Padre quiere convencer a su hijo mayor de que perdonar a su hermano es el camino que lleva a la vida.

Todos también llevamos dentro algo de ese hijo mayor. Dejemos que el Padre nos diga:

Es tiempo de que dejes de escuchar la queja amarga propia de un corazón que no valora lo que tiene, de un corazón que se compara mal.

Es hora de que te animes a compartir con tu hermano el pan de los hijos.

Deja de soñar con el cabrito propio, y escucha estas palabras de tu Padre:

¡Hijo, todo lo mío es tuyo!

¡Déjate reconciliar con Dios, contigo mismo y con tu hermano!

Pero de corazón.

La Eucaristía es el pan de reconciliación que va a parar a lo profundo del corazón de cada uno. Y reconcilia y alimenta ese lugar interior donde la persona es ella misma y más que ella misma, porque es morada de Dios, donde cada corazón es el corazón de toda su familia y de su pueblo entero.

Bastan unos pocos corazones así, que se dejen reconciliar a fondo, para que la reconciliación se contagie a todo un pueblo.

Corazones como el de San Roque González de Santa Cruz, que fundó estas tierras y sus ciudades en la cultura del trabajo y en el perdón a los mismos enemigos. Corazón vulnerado al que el Señor revistió de incorruptibilidad!

Pueblo pródigo y rebelde; pueblo que sufriste en manos de salteadores; pueblo con una fuerte reserva espiritual: ¡Déjate reconciliar con Dios!

A nuestra Señora de Itatí le encomendamos esta reconciliación que transfigura el corazón de las personas y de los pueblos. Sus milagros más lindos han sido de presencia que retorna y de transfiguración que atrae con su gloria. Como decía Fray Luis de Gamarra en 1624: "... se produjo un extraordinario cambio en su rostro, y estaba tan linda y hermosa que jamás tal la había visto".

Esas transfiguraciones de nuestra Señora, que brotan de su corazón puro y amante son signo de predilección para con nuestro pueblo. Y son también anuncio: María de Itatí transfigurada nos transfigura. Nos dice la Palabra de Dios: "El que vive en Cristo es una nueva criatura. Lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente. Y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo y nos confió el misterio de la reconciliación".

Mirándola a ella comprendemos que: "Si el pecado es alejamiento y desencuentro, la reconciliación es acercamiento y reencuentro, superación de la enemistad y retorno a la comunión. Dios nos reconcilia en Cristo. Él es el principio y fin de una reconciliación filial, por la que el hombre arrepentido vuelve confiado a los brazos amorosos del Padre."

Ella te invita, pueblo de la Patria: **¡déjate reconciliar con Dios!**

Con ella le rogamos a Jesús y le pedimos, con las palabras del himno:

Que su Eucaristía ocupe el corazón del pueblo argentino
e inspire sus proyectos y esperanzas.

Corrientes 2 de setiembre de 2004.

LA EUCARISTÍA NOS HACE SOLIDARIOS

Homilía pronunciada Monseñor Eduardo Vicente Mirás, arzobispo de Rosario y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, durante la misa celebrada en el Campus de la UNNE, en el marco del X Congreso Eucarístico Nacional (3 de setiembre de 2004)

Queridos hermanos y hermanas:

Cada vez que celebramos la Eucaristía, hacemos presente en el tiempo el gesto solidario más grande de la historia: Jesús entrega su vida por nosotros para salvarnos y devolvernos a las manos del Padre misericordioso que nos creó para la felicidad que acostumbramos desestimar cuando pecamos.

La Eucaristía es la fuente y el corazón de la Iglesia, porque en ella está Cristo mismo, pan de vida que nos hace fuertes para vivir el evangelio; perfecciona nuestra incorporación al Pueblo de Dios y nuestra pertenencia al Señor²¹, al unirnos íntimamente a Él y congregarnos como hermanos en una misma mesa.

Nada se puede pensar ni hacer en la Iglesia sino en relación a este sublime misterio donde se renueva nuestra redención. Allí está el Señor crucificado y glorioso, presente entre nosotros para que junto a su inmolación, también nuestras pobres obras puedan llegar al Padre. Allí se da la realidad siempre actual del sacrificio de la cruz, con el corazón del crucificado abierto para acoger nuestras angustias y dar descanso a nuestras fatigas²². Allí Jesús nos nutre y nos fortalece para el esfuerzo cotidiano. Allí participamos del pan partido que se distribuye entre los hombres, como lo fueron en figura aquellos panes que Cristo multiplicó en el desierto de Betsaida²³, al dar de comer a una multitud en un gesto de amor y de solidaridad con los demás.

La Eucaristía es el sacramento del amor, y el amor es lo más profundo del ser. Del amor brota la bondad, la honradez y toda virtud. Por eso es el corazón de la vida cristiana. El mismo Dios, que vino a compartir la suerte de la humanidad haciéndose hombre y dándonos su vida, se autorevela como amor y nos convoca a imitarlo, amando a los demás y solidarizándonos con ellos.

Sin solidaridad no podríamos ser Iglesia, porque ella se construye con los carismas y los dones conferidos a cada cristiano, cuya unidad proviene del Espíritu que los dona, y cuya diversidad hace posible que todo el mundo pueda ser evangelizado hasta llegar a la unidad de la fe y al conocimiento más perfecto de Jesucristo²⁴. El encuentro de Jesús con Zaqueo, según leemos en Lucas, cambió su corazón avaro en dadivoso y lo motivó a devolver lo robado²⁵.

Al nutrirnos del holocausto de Jesús, en la comunión Sacramental, el encuentro con Él se hace tan íntimo y tan profundo que nos exige conversación.

La palabra de Dios proclamada en esta Misa nos propone modelos de actitudes solidarias. En la primera lectura, el Levítico²⁶ pide a los cosechadores que dejen caer algo de la siega en los bordes

²¹ Lin. Sínodo de la Eucaristía n° 67

²² cf. Mt.11, 28-30

²³ Lc.9, 10-17

²⁴ cf. Ef.4, 7-13

²⁵ Lc.19, 9-10

²⁶ Lv. 19, 9-17

del campo, y que resignen los últimos racimos y frutos de la huerta, con destino al pobre y al extranjero. Y pone este mandato al mismo nivel que el de guardar justicia y ser honrado.

Luego en los hechos de los Apóstoles²⁷ se nos recuerda que en la primitiva Iglesia los fieles se mantenían unidos y ponían lo suyo en común, para distribuirlos a cada uno de acuerdo a sus necesidades.

Son normas y ejemplos que nos ayudan a entender el magisterio de Jesucristo cuando, en la parábola del buen samaritano, nos enseña qué es la solidaridad.

Los Papas que la han llamado: “amistad”²⁸, “caridad social”²⁹ o “civilización del amor”³⁰, nos dicen que es la expresión misma de la vida de la Iglesia: un compromiso firme y perseverante por el bien de todos³¹, una virtud cristiana, atenta a las necesidades del prójimo, que nos invita a mirarlo como a imagen viva de Dios³².

Solidaridad es lo contrario de egoísmo: determinación firme y perseverante de empeñarse por las necesidades de los hermanos; conjunción de esfuerzos para hacer el bien. El ser humano tiene necesidad de integración, busca asociarse con sus semejantes y demanda de los demás el complemento requerido para cualquiera de sus carencias. Con esta virtud, que debe ser cultivada y practicada mediante toda clase de asistencia y de colaboración fraterna se concreta en lo temporal el mandato de amor al prójimo que Jesucristo nos pide en su evangelio.

En nuestro entorno, turbado hoy por tantos conflictos y empobrecido por la falta de oportunidades, los hechos solidarios se hacen imprescindibles para asistir a los más carecientes y para que nos animemos a restaurar juntos la comunidad, hasta alcanzar un país nuevo, más justo y más cuidadoso de la dignidad de todos sus habitantes. Tenemos en Dios Creador un mismo origen y un mismo destino³³; y Cristo nos señala repetidamente que todos somos hermanos.

En el evangelio de esta Misa, Jesús nos pregunta si sabemos quién es nuestro prójimo.

Suele ser fácil para cualquiera mostrar amor fraterno a los que constituyen su entorno: los familiares, amigos mas cercanos, alguno que otro ser necesitado o enfermo a quien se acostumbra ayudar. Se nos dice en la carta de los Romanos: “difícilmente se encuentra alguien que de su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor”³⁴. Y en su lugar nos muestra al paradigma de la actitud fraterna: “Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores”. Él nos propone una solidaridad sin límites, que deja librado a la providencia indicar al hermano que en cada momento de la vida necesita nuestra especial atención. Aquel hombre cualquiera de la parábola, caído a la vera del camino, ni el ser a quien solía ayudar por costumbre. Era el hombre que Dios le puso delante más allá de la cercanía de los lazos familiares, o de la amistad acostumbrada. El hombre desconocido, el extranjero de un pueblo hostil con quien, el samaritano se compadeció del hombre herido que lo necesitaba en ese instante y ejerció misericordia con él. La parábola nos esta enseñando que aun el que creamos enemigo es nuestro prójimo, porque todos somos hermanos.

En la mesa que nos reúne, la Eucaristía nos da fuerza para sentir como prójimos a todos los demás y nos solidariza con ellos. Pablo nos dice en la primera carta a los Corintios. “...juzguen ustedes mismos lo que voy a decirles. La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la

²⁷ Hech. 2. 42-47

²⁸ León XIII Rerum Novarum

²⁹ Pío XI quadragesimo Anno

³⁰ Pablo VI Disc. Clausura del año santo, 5-12-1975

³¹ Visita ad limina – Obispos de EE.UU. 9-9-89

³² SRS 40

³³ CAT 344

³⁴ Rom.5, 7-8

Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan³⁵”. Para formar la Iglesia estamos unidos con Cristo Cabeza. Pero esa participación eclesial perfecciona la Eucaristía, esa comunión de hermanos, no puede realizarse sin la respuesta ética de compartir con los otros dones espirituales y los bienes de la tierra³⁶

Cuando nos acercamos a recibir al Señor en la comunión eucarística, buscamos inundarnos de caridad, que es amor de Dios. Esta es la suprema perfección del ser humano, porque su meta es el encuentro con Él. Pero Dios no puede ser amado si no amamos al prójimo. Juan nos enseña que: “El que dice amo a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dio, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?³⁷ –nos dice en su primera carta–.

El amor al prójimo aparece en la Biblia como el camino para la experiencia de Dios. Es la respuesta del hombre al amor del Padre Cristo que nos dice: “no se cansen de hacer el bien³⁸”.

Ante la realidad de un mundo desigual e injusto que excluye de sí a una enorme porción de la humanidad, la comunión del amor con el Señor se nos vuelve compromiso de solidaridad, individual y cotidiana, y también social y política. Vivir la fraternidad que Cristo nos propone al hacernos hijo de Dios en el bautismo, es una exigencia fundamental del ser cristiano. Para hacerla posible, la Eucaristía nos da fortaleza y “nos transforma en el alma que sostiene al mundo³⁹” porque “de ese Sacramento brota la caridad y la solidaridad⁴⁰”, ya que su fin es llevarnos a la unión con Dios y a la comunión con todos los hombres.

Jesús esta presente allí para ser alimento de nuestra espiritualidad y fortalecer con su gracia el empeño por el amor, que la pobreza de nuestras fuerza no nos permite alcanzar.

La tierna Madre de Itatí que, desde Caná, nos viene diciendo “hagan lo que Jesús les diga⁴¹”, nos ayude a comprender el mensaje de su Hijo divino, que nos ha señalado, como único camino para unirnos al Padre, la fraternidad solidaria con todos los seres humanos.

Por eso, a fin de que nuestros sentimientos se asemejen un poco más a los sentimientos de Cristo que nos salva, acudamos siempre con fe al santo sacramento de la Eucaristía que nos configura con Jesús quien sea la gloria eternamente⁴².

³⁵ Rom.5, 7-8

³⁶ cf. Filp. 4, 10-20

³⁷ I Jn. 4, 20-21

³⁸ cf. II Tes. 3, 13

³⁹ Ad diognetum V

⁴⁰ Lin. Sinodo de la Eucaristía n° 62-63

⁴¹ cf. Jn. 2, 1-11

⁴² cf. Rom. 16, 27

Semblanza

QUIÉN FUE MONSEÑOR ALBERTO DEVOTO (Datos para una Biografía)

P. Julián Zini
Diócesis de Goya

- Naciste en Buenos Aires el 17 de Mayo de 1918. Tu Papá, Don Francisco Emilio, era uruguayo; tu mamá, doña Elena María Ida, era italiana; y vivían en el Barrio del Congreso.
- El día de tu Bautismo, el 28 de Julio. Sería también 66 años después, el día de tu muerte! Te bautizaron para la Vida Eterna. Por el Santo del Almanaque, San Pascual Bailón, te pusieron por nombre Alberto Pascual...Y es curioso, el lugar de tu Bautismo: la parroquia de Nuestra Señora de Balvanera, iba a ser 24 años después tu primer destino de cura.
- Tu primera Comunión la recibiste, a los ocho años, el 3 de Octubre de 1926, y el mismo día también el sacramento de la Confirmación.
- Cuando tuviste 15 años ingresaste al Seminario, (en Villa Devoto), el 7 de Marzo de 1934; y te ordenaste sacerdote, con tus 24 años cumplidos, (de manos de Mons. Rocca), el 6 de Diciembre de 1942.
- Como Cura, dicen que fuiste Pastor atento y servicial, asesor respetuoso y cumplidor, presidente responsable y tesorero; acompañaste todos los esfuerzos pastorales con la palabra justa y esa dedicación constante, a la larga eficaz, cuando se suman todos los esfuerzos...
- Teniendo tan sólo 27 años, el Cardenal Copello te puso al frente del Archivo de la Curia de Buenos Aires. Le había impresionado tu meticulosidad y el orden que ponías en todo lo que hacías, como también tu letra clara y pareja. Tamaña responsabilidad la que se te encomendó, ya que se trataba del archivo que arrancaba en el año 1611..!
- En 1951, desde tu Parroquia de Santa Elena, con otros párrocos amigos armaste aquel “Equipo para la Renovación”, con el padre Trusso, Ferrari, Maschialino, De Voss y otros, que tanto te ayudaría en Liturgia, Catequesis, Biblia y Pastoral.
- A los 41 años, el Papa Juan XXIII te nombró su “Prelado Doméstico”: un acto de verdadera confianza y toda una distinción...!
- Fuiste el único sacerdote del Clero Secular que participó de la Delegación Argentina ante la Comisión Preparatoria del Concilio Vaticano II , casi nadie lo sabe.
- Y, siendo Vicario General de tu Diócesis, te consagraron OBISPO. Fue en la Iglesia Catedral de San Isidro, (Mons. Aguirre, Monseñor Manuel Tato y Monseñor Manuel Menéndez) el 17 de Septiembre de 1961. Ese día te conocí. Recuerdo que nos sorprendiste con la cantidad de preguntas que nos hiciste sobre Corrientes y su gente. Y ya en ese momento te enseñamos algunas expresiones propias de nuestro pueblo, como “chamigo”, “Itatí”, Yapeyú”, “Yberá”, “Taragül”, “hallarse”...
- Enseguida viajaste a Roma a entrevistarte con el Papa Juan XXIII. Tomaste posesión de la nueva Diócesis de Goya al mes siguiente, el 29 de Octubre. Tenías entonces sólo 43 años y una voz llamativa por lo aguda y finita... voz que, el Evangelio vivido hasta las últimas consecuencias, iría templando, reforzando, hasta volverse clarinada profética, trueno de exigencias, buen anuncio de resurrección...
- Personalmente, me queda la alegría eclesial de haber representado una docena de años el proceso pastoral de tu Diócesis de Goya ante el Episcopado Argentino. Eso me permitió a la vez, estar cerca tuyo, como Delegado de Pastoral, y visualizar la marcha de la Iglesia argentina por esos tiempos de Dios... Por vos, anduve en la confección del “Plan Pastoral de

la COEPAL”, en el “Documento de San Miguel”, en el “Iglesia y Comunidad Nacional”, en las Prioridades Pastorales: CEBs, Religiosidad Popular, Pastoral Popular, Matrimonio y Familia, Juventud... cuyos importantes documentos, a vos, como pastor atento, te preocupaba que se conocieran y se llevaran a la práctica. Nunca olvidaré lo que me sonaba ya como un estribillo cada vez que yo daba un informe diocesano: “¡Claro, ustedes lo tienen a Devoto... Así la cosa es distinta..!”

- Eras un Catequista de alma. Vivías buscando la forma más sencilla de llegar al pueblo con la verdad de la fe. Fruto de este tu esfuerzo, fueron los Catecismos que compusiste (“Felices los que creen”, “Para ser felices con Jesús”) y las innumerables Celebraciones paralitúrgicas que preparabas, primero solo y después en equipo, para las Fiestas y para los “Tiempos Fuertes” de la Liturgia. Por eso, vivías inventando audiovisuales, y te gustaba tanto sacar fotos... No olvido la noche aquella de San Juan, en Boquerón... Estabas fotografiando la fogata, y para que entrara toda, retrocedías buscando el ángulo perfecto. Pero no te diste cuenta, y en un momento dado, desapareciste, yéndote a parar al fondo de una zanja... Fue el comentario y la risa de todos en el fogón de esa noche..!
- Sin duda, te preocupaba que la gente conociera, y cuanto antes, la Enseñanza de la Iglesia: ya sea las Encíclicas de los Papas (Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II), o los Documentos de las Conferencias Latinoamericanas (Medellín,y Puebla), o el Magisterio del Episcopado Argentino (San Miguel, Iglesia y Comunidad Nacional, etc).
- Pero quizás lo que más me llegó fue tu permanente testimonio de humildad y sencillez salpicado de tus humanas debilidades. Tus ganas de aprender, tu humildad de preguntar, escuchar y anotar en tu famosa “libretita verde” aquellas cosas que veías o te decían en tus continuas giras pastorales. Más algún chistecito de vez en cuando...
- En esos tus últimos meses, algunos amigos, te veíamos tan maduro que pensábamos que algo te estaba por pasar... Y cuando viajaste a Roma, recuerdo que comentábamos: “O le mandan a Santa Fe , de Arzobispo, o lo dejan en Roma en algún cargo pontificio, o vaya a saber... porque vos habías prometido terminar tus días en Yapeyú...”
- El inolvidable día de tu llegada a Goya, (¡yo fui testigo!) el pueblo se subió a los bancos y aplaudió frenéticamente tu entrada en la Iglesia catedral... igual que iba aplaudir 23 años después al entrar tu ataúd sobre el hombro de tus sacerdotes...(¡yo era uno de ellos!).
- Y nos quedó grabado para siempre tu lema episcopal tan de Padre y Pastor, bíblicamente hablando, “YO SIEMPRE ESTARE CONTIGO”.

Semblanza

“TUVE EL HONOR Y LA SUERTE DE ACOMPAÑARLO”

Monseñor Dante Sandrelli
Obispo de Formosa.⁴³

“Yo estaba en la zona del NEA antes de que llegara él. El llegó con las características que ustedes los goyanos le conocen: humilde, sencillo... y se incorporó como un elemento valiosísimo para continuar lo que los cinco Obispos de la Región habían iniciado: UN CAMINO EN CONJUNTO.

El, que fuera el único sacerdote secular argentino, que participó de la preparación del Concilio Vaticano II, vino a aportar a nuestra Región toda su convicción y ansia de unidad que imprimiera en él ese trabajo preparatorio.

Yo quisiera sintetizar mi semblanza de Mons. Devoto en tres aspectos de su figura que descubrimos entonces y aún perduran en el NEA: Constructor de la Unidad, Maestro de la Fe (Catequista) y Profeta del NEA.

CONSTRUCTOR DE LA UNIDAD: Buscó siempre su fuerza en las páginas del Concilio. “Alberto Devoto vivió con tal intensidad el Concilio, que no había ni Seminario ni Encuentro en que no hiciera una alusión explícita a este magno acontecimiento del Espíritu. La realización del mismo y su mensaje eran objeto continuo de sus reflexiones”. Creo que esto, que es la opinión de mi Vicario General, sintetiza un poco toda la fuerza que él imprimió a la Región, sacándola justamente del Concilio.

Fue verdaderamente el propulsor de lo que en ese momento era un trabajo conjunto con gente de Reconquista y Formosa, desde el Movimiento Rural, con unidades móviles diseminadas por casi toda la Región y con Encuentros periódicos que contaban permanentemente con su aporte y apoyo.

Es importante resaltar su gran fidelidad a las expresiones concretas de la Región. El no iba en el aire... Había tres aspectos de la Región a los que él quería ser fiel:

- Desde el punto de vista religioso: veía que el NEA palpitaba toda alrededor de la figura de María, la Virgen de Itatí. Y él lo captó enseguida... Y dio un aporte grandísimo a la difusión de la devoción a la Virgen de Itatí, como también a otros aspectos de la Religiosidad Popular... En momentos difíciles para la Piedad Popular, Mons. Devoto defendió el valor de nuestro Pueblo que reza y se expresa de diversas maneras.
- Desde el punto de vista cultural: él fue un animador, especialmente de las expresiones culturales de la zona. Trató de asumir de muchas maneras (Peregrinaciones, Misiones, Cartas y Visitas Pastorales, Misa Correntina, Celebraciones, etc.) la raíz guaraníca de su Pueblo y la música litoraleña que prevalece en el NEA.
- Desde el punto de vista social: Podemos decir que fue, verdaderamente el defensor de los pobres. Para defenderlos levantaba su voz, escribía sus cartas y no tenía ningún miedo de sentarse frente a cualquier autoridad.

MAESTRO DE LA FE: durante más de 15 años él concentró y núcleo la catequesis del NEA... Mientras él estuvo acompañado, la catequesis fue verdaderamente una fuerza propulsora de la fe en nuestra Región. Y como resultado práctico fue promoviendo anualmente encuentros y trabajos

⁴³ Obispo Emérito de Formosa. Fallecido el 7 de diciembre de 2002

conjuntos, cuyos resultados aún podemos comprobar y saborear. Por ejemplo: el SERECA, el ENRECA...

Adelantándose a los tiempos, él ya hablaba de Catequesis de Adultos, de Catequesis Familiar, y de la Religiosidad Popular y de la Pastoral Social como temas catequísticos. La catequesis según el Obispo Devoto, debía abarcar todos los aspectos y momentos de la vida.

Sin disminuir en nada el aporte de los demás Obispos de la Región, tengo que decir que el Obispo Alberto, tenía una característica muy particular, pues a pesar de las consabidas diferencias que siempre existieron, él con su calidez y amor fraternal siempre buscaba la mutua complementación y encontraba la forma de limar las asperezas.

PROFETA DEL NEA: su voz se hizo oír mucho y muy fuerte... Fue fiel a su misión de Pastor y Profeta. El levantó su voz contra las injusticias en ese momento: la mala distribución de la tierra, los precios no compensatorios, la mala remuneración de los trabajadores... Y podríamos hablar horas y horas del Obispo Devoto como Profeta.

Recordemos sólo algunos aspectos: sus intervenciones a favor de los tabacaleros, famosas en todo el NEA; su palabra siempre clara, profunda, directa, especialmente en la radio; sus enfrentamientos, incluso con los militares, durante todo el período del Proceso; su firme y decidida defensa de sus agentes de pastoral cuyos sufrimientos él sufría como propios, sintiéndose Padre y Pastor. Queda vivo el ejemplo de su Carta a la maestra rural Norma Morello, quien sufrió en carne propia las atrocidades de aquel momento y a quien Mons. Devoto fue a visitarla llevándole serenidad, consejo y consuelo...

Cuando se le quitó el micrófono de la radio, su silencio fue más penetrante, avasallante, mucho más que su voz... y llegó a toda la Región, justamente porque sabíamos que ese silencio decía mucho más que cualquier otra palabra.

Y ahora, pensándolo a la distancia, vemos que en él se hizo realidad lo que cantamos en nuestra liturgia, cuando le decimos a Cristo: "NUNCA GRITASTE TAN FUERTE COMO CUANDO CALLADO ESTABAS EN LA CRUZ". Esto era Monseñor Alberto Devoto.

“SU PASO ENTRE NOSOTROS FUE EL PASO DE UN PROFETA”

Pbro. Víctor Hugo Arroyo
Diócesis de Goya.

Año 1961. Yo era estudiante en el Seminario de la Plata. Estaba cursando el segundo año de Teología, cuando nos enteramos que a nuestra zona la hacen Diócesis. Hasta entonces dependíamos todos de un solo arzobispo, el de Corrientes. Primero fue la novedad y luego sentimos que esa erección de la Diócesis nos daba un aliento y nos traía la posibilidad de una manera nueva de enfocar todo el tema de la Iglesia. Todo esto visto desde muy lejos, puesto que estábamos estudiando en La Plata.

En forma casi simultánea, nos enteramos de que Alberto Devoto había sido designado Obispo de la Diócesis de Goya. Ambos decretos del Vaticano fueron muy cercanos. Al poco tiempo, lo conocemos a Devoto cuando nos fue a visitar a los Seminaristas de Goya que estudiábamos en La Plata. Allí estábamos Julián Zini, yo y otros más. Nos fue a visitar y allí tuvimos una primera imagen, una primera semblanza: era muy sencillo, muy asequible, muy humilde. No era Obispo todavía y pasó con nosotros un día. Allí tuvimos oportunidad de charlar. El no conocía nada de la realidad de Corrientes. Allí nos enteramos dónde se educó y la Diócesis de donde provenía, San Isidro. Nosotros desde nuestra óptica de gente del interior, provincianos y conociendo algo ya del mundo de la capital, decíamos “viene de una zona de gente rica”, porque San Isidro tenía fama de ser una zona de barrios residenciales y de un nivel alto en lo económico y cultural. De la entraña de San Isidro iba a ser nuestro futuro e inmediato Obispo Devoto. Allí nos invitó y quedamos de acuerdo en la fecha de su consagración episcopal e hicimos un compromiso de honor que allí estaríamos. Y así lo hicimos.

Luego vino la toma de posesión en el mes de octubre de 1961. Todos estuvimos en esa ceremonia. Recuerdo que según la liturgia de entonces, le llevé los guantes en un platito, los guantes que usaban los Obispos. Las ceremonias litúrgicas de los Obispos tenía una serie de cosas curiosas como cambios de mitra, mucho humo, inciensos, báculos, servidores de los báculos, pasamanos, etc. Era una cosa con mucho ritualismo, y en esa procesión en la que iba Devoto yo le llevaba los guantes. A los seminaristas nos utilizaban para ese tipo de cosas en esas ceremonias.

La primera impresión, recuerdo que fue su discurso. Como todo Obispo que se hace cargo de una Diócesis, allí refleja en parte su manera de entender la tarea pastoral y en parte el proyecto que traía in mente, y que estoy seguro, se modificó totalmente como una media al revés, cuando volvió del Concilio Vaticano II. Ese primer mensaje le llamó la atención a mucha gente, otros se sonrieron por su voz aflautada, su voz fina, como diciéndose “¿qué es esto, quién es este?”. Fue esa primera impresión la que sentí yo también al aparecer por primera vez en público y presentarse ante su feligresía.

Lo que viene ahora y me interesa relatar es cómo comienza él a ejercer su ministerio, porque acá, aparece el genio de la figura de Devoto. El talante como dicen los españoles, el valor de Devoto, su riqueza interior, su talento. Me ordeno de sacerdote a fines de 1963. El Diaconado no era más que un peldaño para ser cura. En aquel tiempo, la ceremonia de nuestra ordenación era sustancialmente la misma que la de ahora, nada más que mucho más sencilla, y no tenía la publicidad que tiene hoy. Por otra parte, éramos los primeros curas que él iba ordenando, creo que hubo uno o dos antes que nosotros, Manuel Ratti y Roberto Martínez, y luego nosotros. En mi ordenación, creo que estuvieron algunos goyanos amigos y algunos curas y compañeros de estudios

del seminario. De manera que no era como hoy que hay triduos en todas las parroquias, desfilan colectivos de toda la Diócesis, en una ordenación sacerdotal que tiene una relevancia muy importante en la Diócesis.

Me interesa destacar la figura de Devoto cuando él ya participa en el Concilio. Desde Roma mandaba unas misivas y resúmenes de los temas que iba tratando el Concilio y lo que él iba descubriendo, porque yo creo que lo que realmente a Devoto lo cambia y lo transforma en una primera etapa de su vida y le da otra dimensión, otro contenido a toda su teología y, concretamente, a su eclesiología, es el Concilio. El mismo reconocía que el Concilio le cambió la vida. Participa en todas las sesiones y anota todo. Sus cartas y sus informes demuestran su entusiasmo por todos los temas de la Iglesia renovada, eso que el Concilio después formula en documentos tan lindos. Esa es la primera impresión de Devoto que me quedó muy grabada. Un hombre que vivió el Concilio a pulmón lleno y lo fue gestando al Concilio, si se puede usar esta expresión, con otros obispos de los cuales se hizo muy amigo. Porque a su vez, Devoto en este Concilio descubre América Latina. Se hace muy amigo del obispo de Riobamba, Monseñor Bolaños, de Monseñor Méndez Arceo de México, de Monseñor Frago de Brasil, del Obispo Bogarín, de la Diócesis de San Juan Bautista de las Misiones en el sur del Paraguay, donde estuve últimamente dos años. Este Obispo fue excepcional y muy parecido a Devoto en todas sus líneas pastorales. Y se conocieron en el Concilio.

Una primera conclusión que saco y que me lo pinta a Devoto de cuerpo entero, es la salud espiritual de Devoto, la honestidad consigo mismo. El fue fiel a todo lo que el Concilio le aportó en perspectiva nueva a su vocación de sacerdote en primer lugar y de obispo después. El Concilio le da un contenido fundamental a su pastoral, el Concilio le descubre la Iglesia que él vivía ya entonces, en San Isidro, en una línea muy renovadora, pero que se movía nada más que en el culto, en la catequesis, realidades eclesiales por cierto, pero muy inmediatas al altar, muy de casa adentro. El Concilio en cambio le da la verdadera perspectiva de la Iglesia como fermento de transformación de la historia, como luz y eso lo vivía plenamente, y es por eso que saco como primera conclusión, la honestidad de Devoto, es decir, su fidelidad a esa nueva experiencia y a ese acontecimiento que le transformó la vida, el Vaticano II. Primer aspecto que habla de Devoto como un hombre coherente, consecuente y, sobre todo, abierto a la realidad.

Con él, comenzamos a caminar juntos el tiempo conciliar. El seminario nos había dado ya la inquietud de que el Concilio traía vientos de renovación en la Iglesia y muchos de nosotros, los de aquella generación, nos comprometimos con la Iglesia y terminamos presbíteros, porque intuíamos que venía algo nuevo e interesante y que valía la pena comprometíamos o no. Y es que hasta dos años antes de ordenarnos, teníamos serias dudas de si nos comprometíamos o no con una Iglesia encerrada en sí misma, con una teología muy árida, muy abstracta, muy de manual, muy dogmática y por ende conservadora, justificadora de la realidad. Lo único que nos daba cierto aliento eran los conocimientos bíblicos, que algún profesor actualizado como el Padre Levoratti nos impartió y, realmente nos transmitieron una experiencia del Dios vivo y verdadero muy profunda.

Devoto se aboca a aquello que los curas teníamos entre manos y empieza por aplicar el documento de Liturgia que nos proponía y, moralmente nos obligaba, a adaptar toda la liturgia, a cambiar todo, empezando por el idioma, la opción por la lengua castellana para nosotros, la importancia de la Biblia, el misterio pascual, el valor de la asamblea reunida, la participación del pueblo de Dios, valores fundamentales de este documento que Devoto decide llevar a la práctica. Porque no había que discutir mucho, son elementos que los curas manejan, las misas, el culto, los sacramentos y esa transformación inicial en muchos curas generó un desconcierto, y más en los curas más antiguos, en los curas más jóvenes no tanto, porque deseábamos una cosa así y nos

adaptamos pronto y pusimos en marcha la cuestión. Ahora bien, hubo curas de 15 o 20 años de sacerdocio que manifestaron una resistencia y que siguieron durante bastante tiempo con sus viejas costumbres rituales, pero me consta de que no era un grupo grande, era una minoría dentro de la Diócesis. La mayoría de los sacerdotes de la Diócesis en ese momento era joven y nos abocamos a la tarea, era lo que teníamos que hacer y nos pareció oportuno y además, nos parecía una gran conquista. Era un momento coyuntural y coincidían muchas cosas.

Devoto, entusiasmado con la renovación de la Iglesia, daba conferencia en cualquier pueblito a donde iba. Si había un club o una capilla, juntaba a la gente y se mandaba una charla sobre el Concilio y les decía “¿saben ustedes lo que está pasando en nuestra Iglesia?” y se lo explicaba a todo el mundo. Esto me consta que lo hizo en Tapebicuá, en la Cruz y en otros pueblos y ciudades. Tenía siempre unos hermosos resúmenes, porque Devoto era un gran anotador de todo y un pulidor de ideas en sus anotaciones.

Recuerdo que con gran entusiasmo presentaba los Documentos del Concilio y las famosas encíclicas de Pablo VI sobre el diálogo y el progreso de los pueblos. Era un apasionado de la “Eclesiam suam”, porque le daba profundos elementos para interpretar en ese momento cómo tenía que ser la comunicación de los cristianos con los demás, otros creyentes o no cristianos, o directamente con el ateísmo que ya comenzaba a ser masivo. También vale destacar que a los curas, que nos habíamos recibido hacía poco tiempo, nos hacía estudiar documentos y nos tomaba examen cada año, como una especie de actualización necesaria, exigida y controlada por él. Recuerdo que yo tuve que dar examen ante él y fue sobre el documento de liturgia. Había un compromiso moral de los curas de estudiar y actualizarnos, aparte nos gustaba y había lindos diálogos

Hubo otro acontecimiento que transforma a Devoto o que imprime en él un nuevo compromiso, y eso siguiendo la línea de la honestidad de su conciencia y su salud espiritual. Es el descubrimiento de los pobres. Devoto incorpora esto a su opción de cristiano y esto le crea un profundo compromiso de fe en la Iglesia. Para eso realiza un juramento junto a otros obispos en las catacumbas de Roma. Hizo un compromiso formal que, sobre todo en aquel momento, tocaba más que nada a los atuendos y al estilo de vida de los curas y de los obispos. Su compromiso apunta a tener un estilo de vida humilde y sencillo, pobre entre los pobres. Pero todo eso, para mí, era como una cosa todavía teórica y romántica en él, ser más sobrio, reducir un montón de cosas, abolir los títulos. Todo el mundo lo llamaba “Padre obispo”. Luego vendrá un replanteo profundo de conciencia ante la pobreza y de opciones ideológicas unido al hecho de la inundación famosa que sumerge a Goya en el agua, en el año 1966. Me acuerdo que las autoridades municipales contemplaban desde los balcones cómo la corriente de agua venía por calle San Martín... y las canoas que pasaban llevando gente... Bajan las aguas, a mucha gente la alojan en los vagones del Ferrocarril y otros centros ubicados en distintos puntos de la ciudad, y él los visita y toma contacto directo con los inundados. Además, él dentro de su humildad, inaugura un botiquín en el Obispado, una pequeña farmacia.. .

Pero lo importante es su contacto personal y diario con la pobreza, esto me parece a mí, muy valioso y es lo que a él lo enriquece y lo obliga a replantearse la gran cuestión que plantea dos años después la Iglesia en Medellín, en el año 1968. Ese Documento le da las profundas razones de fe, teológicas, eclesiológicas, cristológicas, por las cuales él, como cristiano y luego como obispo, podía optar por los pobres contra la pobreza. Eso es fundamental, su experiencia con los inundados y su contacto con los pobres que inaugura en su vida otra manera de relacionarse con el pueblo pobre, porque lo contacta todos los días, no sólo lo ve todos los días, conversa con ellos y ellos le piden cosas, soluciones a sus dramas. O sea que el planteo inicial de combatir la frivolidad y la vestimenta o los títulos y honores en lo externo, toma cuerpo ahora y se hace carne y se vuelve experiencia, urgencia, valor fundamental para él. En base a esta experiencia que va adquiriendo, y al sentido de Iglesia que le dio el Concilio, las opciones profundas de fe, para mí, se las da Medellín. Medellín es el segundo mojón o segundo hito transformador de la existencia de Devoto,

que condiciona profundamente su manera de ser y de actuar. Como hombre honesto, fue un hombre que vivió fiel a los signos de los tiempos.

Le doy a Medellín una importancia fundamental, no tanto así a Puebla porque no trae grandes novedades. Puebla ratifica lo de Medellín e incorpora algunos nuevos elementos, para la catequesis, para los planteos de fe y por eso creo que Medellín es un documento profético por su fuerza, por su sencillez, por señalar con el dedo muy claramente a la situación social con la que debía comprometerse la Iglesia.

En cambio Puebla, si bien es un documento que respeta todo lo de Medellín, ya es más eclesialístico y más complejo. La opción por los pobres se reafirma, la catequesis tiene que ser cristológica y antropocéntrica. Devoto fue un gran divulgador de Puebla. A esa altura ya Devoto está subido al caballo de la renovación de la iglesia plenamente. Con su experiencia del Concilio, con Medellín y la pobreza de su Diócesis, ahora sí podemos entender a Devoto y sus otros compromisos que va asumiendo, como las Ligas Agrarias, un movimiento digno de tenerse en cuenta en la historia no sólo de la Diócesis sino en la Provincia, la lucha del campesinado correntino. Devoto fue un entusiasta defensor, un apoyo y un mentor permanente de las Ligas Agrarias. Tal es así, que permitía que un sacerdote de su Diócesis fuera asesor como lo era Jorge Torres y que los otros curas también se comprometieran con los campesinos y las ligas. Esto demuestra la coherencia y la consecuencia de Devoto con el tema. Hubo encuentros con la participación de 5 o 6 mil campesinos y él estuvo en todos los encuentros masivos que tuvieron las Ligas, tanto en el lanzamiento público en Santa Lucía, siendo Julio Romero el gobernador, como cuando vino el presidente de facto, Lanusse... No olvidemos que Medellín le da el fundamento cristiano a esas opciones que él luego va a asumir.

También podemos señalar la etapa de los Curas para el Tercer Mundo, que fue un movimiento muy interesante del cual participé desde sus comienzos. Recordemos que el sacerdote fundador estuvo en la Diócesis de Goya, viviendo en el Barrio San Ramón, Miguel Ramondetti que murió hace muy poco y al cual Devoto apoyó El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, tuvo su importancia y fue muy concientizador para todos los curas y muy transparente en sus planteos. Cualquiera que lea los documentos de los Curas para el Tercer Mundo y se instruya un poco en los orígenes del Movimiento, va a descubrir algo muy importante, una serie de claras ideas sobre el momento político y social de ese entonces, un claro planteo de opción social para los curas y muy educador, muy formador para los curas, porque básicamente eran curas que trabajaban y que sintieron que el compromiso de su fe y de su pastoral lo llevaba al compromiso con los pobres. Eso era lo básico, más allá de las ideologías, peronistas o izquierdistas. Todo eso fue aportado por el Movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo y Devoto participó en algunos encuentros nacionales y apoyaba abiertamente al Movimiento, mientras que en otras Diócesis se condenaba a los curas que participaban en él. Hay que decir también que hubo un gran respeto y una gran lealtad hacia él por parte de la Comisión Directiva del Movimiento.

Devoto estuvo 23 años en la Diócesis y fue demasiado fecundo su tiempo en iniciativas. Todo lo que hizo a favor de la educación, de la catequesis, de la liturgia. Ya siendo cura, él había sido catequista de alma y trabajó mucho en comisiones catequísticas. También aceptó en su Diócesis a curas que habían tenido problemas en otros lados por conflictos sociales o por litigios con su obispo, y Devoto los aceptó en su Presbiterio y se movió para allanarles el camino y reintegrarlos a la pastoral, ya que en sus Diócesis de origen no podían seguir trabajando.

Es admirable su profundo testimonio humano de recibir a todos los padres o parientes de presos políticos o desaparecidos, cuando tantos obispos le cerraban las puertas o se lavaban las manos, Devoto los escuchaba, escribía cartas, visitaba a los presos de su Diócesis, sean practicantes cristianos o sean de otra religión, él los visitaba igual. Devoto fue a la U7 en Resistencia, a la Alcaldía de Corrientes, a la cárcel de Trelew en el sur, fue a la cárcel de mujeres de Ezeiza, soportando toda clase de humillaciones, porque además de ser Devoto un Obispo reconocido entre comillas como "zurdo", lo humillaban en esperas amansadoras ante de que converse con los presos,

y un poco más y lo hacían desnudar, le metían la mano en los bolsillos, le daban recomendaciones “cuidado Obispo, no venga acá con planteos raros” o “Cúidese Obispo”, y así por el estilo... Sufría amenazas en forma permanente y si bien no describí las características temperamentales de Devoto, era un hombre ensimismado, callado, más bien tímido, tampoco era de fácil comunicación, no era de comentar todo lo que a él le pasaba, sus cosas se las guardaba y las reflexionaba en silencio.

Sobre Devoto se pueden contar tantas anécdotas, tantas historias que no hacen sino contribuir a la grandeza de este hombre. Realmente su paso entre nosotros fue el paso de un profeta, aquí en la historia de esta Diócesis. Y creo que muchos curas con el tiempo y haciendo un balance cabal de nuestra historia de fe y de curas, tenemos que reconocer que le debemos a Devoto en gran parte nuestra fidelidad al ministerio o sea que no nos mandamos a mudar o no nos fuimos a otra Diócesis, gracias a El, y si nos mantuvimos curas, fue por Devoto. El nos dio a todos una razón profunda de fe y de iglesia para mantenernos fieles y trabajar por el Reino, y esto es lo importante. Nos consta que no en todas las Diócesis de la Argentina hubo la renovación que hubo acá en la Diócesis de Goya con el Obispo Alberto Devoto.